

# **Vuela, gorrión, vuela**

**José Miguel Andrade Arangüena**

Primera edición 2025

© José Miguel Andrade Arangüena

© del diseño de la portada: Sarah Andrade Otín

© de la presente edición: José Miguel Andrade Arangüena

Diseño y maquetación: Sarah Andrade Otín

ISBN: 9798316173860

*“Gratitud universal para los seres humanos que hacen honor a la oportunidad temporal de encarnar en el plano físico.*

*Digno destino para los que procuran seguir adelante, libres de quejas por recoger lo sembrado en otros tiempos, dispuestos a ayudar y servir sin pedir nada a cambio, intentando no dañar ni dejar una huella innecesaria en este bello planeta azul.*

*Dichosos los que aman olvidándose de sí mismos.”*

*(Plegaria al cielo, pendiente de ser escrita y comprendida).*

# Índice

Julio de 1936. Bañuelos de Bureba.	10
I. Camino de Santiago. Jaca.	32
La Tercera España.	
Julio de 1936. Burgos.	48
II. Camino de Santiago. Ruesta.	72
Manuel Chávez Nogales.	
Agosto de 1936. Montes de Oca.	88
III. Camino de Santiago. Puente la Reina.	99
Los Padres de la República.	
Agosto de 1936. Grañón.	112
IV. Camino de Santiago. Nájera.	133
José Robles Pazos.	
Agosto de 1936. Zaragoza.	147
V. Camino de Santiago. Grañón.	167
Julián Marías. Julián Besteiro.	
Septiembre de 1936. Bujaraloz	180
VI Camino de Santiago. Atapuerca.	200
Simone Weil.	
Octubre de 1936. Sierra de Alcubierre.	218
VII. Camino de Santiago. Burgos.	238
Federico García Lorca. Luis Cernuda.	

Noviembre de 1936.- Sierra de Alcubierre.	257
VIII. Camino de Santiago. Castrojeriz. George Orwell.	274
Febrero de 1937. Sierra de Acubierre.	292
IX. Camino de Santiago. León. Miguel de Unamuno.	310
Abril de 1937. Poleñino.	325
X. Camino de Santiago. Rabanal del Camino. Antonio Machado.	343
Junio de 1937. Poleñino.	361
XI. Camino de Santiago. O Cebreiro. Vicente Beltrán Anglada.	379
Agosto de 1937. Sierra de Alcubierre.	393
XII. Camino de Santiago. Samós. Clara Campoamor.	414
Marzo de 1938. Bolsa de Bielsa.	427
XIII. Camino de Santiago. Compostela. Miguel Hernández.	452
Después de una guerra.	465
XIV. Camino de Santiago. Finisterre.	473

## **Julio de 1936. Bañuelos de Bureba.**

Llegar a Bañuelos de Bureba desde Briviesca no había sido tan sencillo como parecía al bajar del tren, con el frescor de la mañana. Más de ocho kilómetros caminando por un camino carretero en pleno mes de julio, con ese calor retorcido que crece por momentos cuando la meseta burgalesa se pone extrema. Todo lomas medio desnudas y terreno abierto, entre campos de cereales amarillentos, sin una triste sombra. Menos mal que mi equipaje era solo una pequeña mochila, suficiente para pasar día y medio en la casa de mi amigo Antonio Benaiges, el maestro de la Escuela del pueblo, que me había invitado a conocer de primera mano la forma con la que enseña a sus alumnos con el método Freinet, a través de una imprenta en la que el niño se expresa libremente y se hacen textos que se comparten con otras escuelas que usan la misma técnica, con intercambio de ideas y experiencias.

Conocí a Antonio el año pasado, en el verano de 1935, en el II Congreso de “La imprenta en la Escuela”, que se celebró en Huesca, también en pleno mes de julio, una buena fecha para un encuentro de maestros freinetistas en su periodo de vacaciones, y conectamos al instante. Admiro a las personas que se dedican con pasión a un servicio público e irradian ilusión y esperanza, sobre todo en este país de cerebros yermos, tan hambriento de cultura. Aprecio también a los entusiastas de verdadero espíritu anarquista, sanos y sensatos, que inspiran y motivan, amantes de la paz, lejos del ruido y de las ganas de imponer por la fuerza a los demás sus ideas, con los que simpatizo desde que empecé a pensar en serio, un poco tarde, sobre los catorce años, no hace tanto, veinte años han pasado enseguida.

Bañuelos es un pequeño pueblo de unos doscientos habitantes, sin agua corriente y sin luz eléctrica, situado en una ladera orientada al Este con las casas repartidas en varios niveles, y la iglesia en la parte alta, como de costumbre, para que nadie olvide lo que cuesta ganarse el cielo. En la parte baja de la ladera, un pequeño valle con un riachuelo, o más bien un arroyo, al menos en los meses cálidos, y unas huertas, en una zona fresca, sombreada por grandes árboles de ribera, con algún manzano.

No me costó mucho encontrar la Escuela donde también vivía

Antonio, después de atravesar un puente, aún cerca del río, en una casa antigua de piedra y madera, reconvertida para enseñar. Un chaval joven me abrió la puerta antes de llamar.

—Hola, me presento —soy Julián Torres, amigo de Antonio Be-naiges, el maestro de este bonito pueblo. Creo que sabe que venía.

—Sí, ya me lo ha dicho, llegará enseguida, también me ha dicho que esta es tu casa, pase por favor. Ah, me llamo Cesar, soy un alumno que vive con él.

Debía tener sobre doce o trece años. Siempre da gusto encontrar un joven educado y amable, además de despierto y con ojos que miran de frente. Al entrar, la planta se abría a un espacio amplio, en lo que en su día serían las cuadras, con una escalera directa a la planta superior, dividida en dos: la Escuela a la izquierda y a la derecha la vivienda del maestro, que no podía ser muy grande. Entré directo a la Escuela y el primer vistazo ya daba muestra de ser un lugar lleno de vida. Una sola aula rectangular, con sólidos pupitres de madera, un gran mapa de España, la estufa de hierro para los crudos inviernos, una vieja mesa con lo que sin duda era la apreciada imprenta, y un montón de publicaciones, parte expuestas en las paredes. En otra pequeña mesa, lo que parecía una joya oculta: una maleta abierta, forrada con algo parecido al cuero, con un gramófono. En una viga de madera colgaba un termómetro.

—Todos los días dos veces se apunta la temperatura —comentó Cesar, que apareció de la nada—, hay un cuaderno con las anotaciones que tomamos los alumnos desde el año pasado.

En ese momento llegó Antonio, tan airoso y alegre, como siempre. Treinta y tantos, bien parecido y con una presencia arrolladora.

—Dichosos los ojos Julián, me alegro que te hayas animado a llegar hasta esta Escuela alejada del mundo.

—No sabes las ganas que tenía de venir a descubrir las maravillas que hacéis algunos maestros en estos mundos perdidos.

Nos dimos un fuerte abrazo, y con una simple mirada nos volvimos a reconocer y hermanar.

—Eres de los pocos que se atreve a viajar tan lejos para ver una Escuela tan pequeña, espero que lo que veas te sirva y valga el esfuerzo. Aunque estamos en unas fechas muy complicadas, después de los asesinatos de Madrid el país está que arde.

Se refería a que este mismo 12 de julio, hace cinco días, había sido asesinado en Madrid el teniente de la Guardia de Asalto de la República, José del Castillo, que entrenaba a milicias socialistas, y al día siguiente en represalia, habían asesinado, también en Madrid, a José Calvo Sotelo, líder monárquico, abiertamente anti republicano.

—Supongo que estarás mejor informado que yo —apunté—. ¿Crees que se está preparando el golpe militar del que tanto se habla?.

—No hay duda, pero no creo que lleguen muy lejos, somos miles, millones los que defendemos la República y según me cuentan está todo controlado. Pero ya tendremos luego tiempo para esos temas. Vamos, si te parece, a hablar de educación, de niños, y de nuestra magnífica imprenta, vas a ver lo que son capaces de hacer los alumnos de Bañuelos, cuando se deja libre su creatividad.

Hablar de educación era mi auténtica pasión. Llevo ya casi dos años preparando una tesis sobre la educación en la Escuela. Aspiro a ser profesor titular en la Universidad de Filosofía y Letras en Salamanca, mi ciudad de siempre, especializándome en Filosofía de la Educación, pero por ahora tengo que conformarme con ser un profesor ayudante, lo que no está mal, a mis treinta y cuatro años.

—Supongo que has venido sobre todo para ver cómo se aplica el método Freinet, y te voy a presentar a nuestra querida compañera: “la imprenta”, la alegría de la Escuela.

Me mostró la singular y sencilla maquinaria: la plancha, los tipos de letras con sus apliques, y al llegar a los cuadernos impresos, se detuvo con aire de protocolo.

—Esto es lo que imprimen con sus propias manos los alumnos, chicos y chicas de diversas edades, con espíritu de cooperación, inspirados por sí mismos, sin que un adulto les ponga todo tipo de límites. Mira, este cuaderno va sobre el mar, que los niños no conocen. Hace ya unos cuantos meses salió el tema y caí en la cuenta de que ninguno había visto el mar con sus propios ojos, así que comenzamos a preparar el cuaderno, y yo por mi parte, para estimularlos, les prometí que este verano, cuando se acaben los trabajos de la cosecha, allá por finales de agosto, les llevaré a ver el mar. Aún me queda convencer a algunos padres, y ya tengo todo organizado con mi familia de Mont-roig del Camp, en Tarragona, para usar la

casa familiar, que es muy grande. Los niños se adaptan a cualquier sitio; además cuento con el apoyo de mis padres para cubrir los gastos del viaje.

Me pregunto cuántos maestros son capaces de complicarse la vida de esta forma por sus alumnos. Hay mucha esperanza en que una sana educación saque lo mejor de nuestras gentes y el país se modernice y salga de su letargo.

El cuaderno era de tamaño reducido, ya solo la portada tenía una pinta muy acogedora:

*El MAR*

*Visión de unos niños que no lo han visto nunca.*

*Enero de 1936.*

*Escuela nacional mixta de Bañuelos de Bureba (Burgos).*

Comencé a ojear y leer algunos de los textos de los alumnos, impresos con letras grandes, en tintas negra, roja y verde:

*“El mar es muy grande y para pasar a otro pueblo hay que pasar en barco y me figuro que a veces estará a una hora. - José Cuesta”.*

*“El mar será muy grande, muy ancho y muy hondo. La gente va allí a bañarse. Yo no he visto nunca el mar. El maestro nos dice que iremos a bañarnos. Yo digo que no voy a ir, porque tengo miedo que me voy a ahogar. - Lucía Carranza”.*

*“El mar será muy grande, muy ancho y muy hondo. Dice Fernando que será como de Vallejobablo a cerro Quebrantalininos de ancho, metros y metros de hondo. - Antonio García”.*

*“El mar será muy hondo. Será de hondo como dos veces la velta de la torre. Y tendrá dos metros de largura. - Baldomero Sáez”.*

*“El mar será muy grande. Yo no lo sé porque no he estado allá. También será muy ancho y tampoco sé si es ancho o no lo es. - Natividad Hernández”.*

—Este cuaderno muchos lo consideran todo un poema— comentó Antonio—. Con esta sencilla técnica es fácil sacar a la luz la belleza del niño y convertirla en trabajo, y el propio esfuerzo crea también belleza. Los niños se atreven a escribir de lo que saben y de lo que no saben. Que sean capaces de hablar de lo que no han visto, ni conocen, es un tesoro oculto que, cuando emana, llena de luz toda la Escuela. Durante los primeros siete meses de este año hemos publicado con esta imprenta diez cuadernos. Tenemos 22 suscriptores y queríamos llegar a 50. El precio de la suscripción es de tres pesetas para todo el curso, y como siempre, tengo a la familia para echar una mano, ya pusieron dinero para costear la imprenta. Me dicen a menudo que soy un manirroto, y algo de razón tienen. Acércate si quieres Cesar, el tema también te interesa.

Paré en la cuenta de que el chaval estaba en la puerta del aula, tal vez escuchando, sin decidirse a entrar.

—Nos entendemos bien —continuó Antonio—, compartimos nuestra pequeña casa con una habitación para cada uno; él se encarga de la limpieza y la cocina, y aquí tiene comida, cama y enseñanza. Es de Bribiesca, tiene seis hermanos y así aligera de cargas a sus padres. Es un alumno estupendo con ganas de aprender de todo, y además cocina muy bien, como luego comprobarás.

No me cabe duda que convivir con Antonio a tan corta edad y con tantas cosas por descubrir de un buen maestro de la libre enseñanza, es una oportunidad, un privilegio, que no se presenta muchas veces en la vida, y todo apunta a que sabe aprovecharlo.

—El método Freinet, como ya conoces —Antonio seguía a lo suyo—, descansa en el respeto y estímulo del niño. Son los propios niños quienes proponen sus textos y es importante que el interés del alumno sea el punto de partida, porque facilita la investigación y las ganas de experimentar. El papel del maestro no es de director sino de facilitador, dejando que los alumnos aprendan a asumir responsabilidades, tanto de lo que van haciendo como de su producto final. Alentamos para que cooperen entre ellos y se ayuden unos a otros, y son ellos mismos los que acaban haciendo la impresión en papel, y ven sus errores y los aprenden a corregir.

Conocía bien la teoría del método Freinet, una novedosa técnica educativa del francés Célestin Freinet, sobre la que había tenido la ocasión de aprender en profundidad en el congreso del año pasa-

do de la mano de buenos maestros freinetistas, pero verlo hecho realidad, en una sencilla aula rural, daba alma y color a las ideas. También estaba suscrito a la revista “*Colaboración. La imprenta en la Escuela*”, el boletín de los maestros y para los maestros, que utilizan la técnica Freinet, en donde comparten experiencias, publicaciones y opiniones. Según la propia revista ya eran 136 maestros los que aplicaban ese método en diversos puntos de España, aunque en Castilla solo acababa de comenzar. Bañuelos era la punta de lanza, de ahí el valor especial que como castellano tenía para mí, aunque Salamanca quedaba un poco lejos. También muchos de estos maestros participaban en las “Misiones Pedagógicas”, en las que yo me apuntaba a colaborar siempre que podía. Allí se respiraba espíritu de educación libre y la ilusión por llenar de cultura los muchos pueblos olvidados, donde saber leer y poder escribir era casi un privilegio.

—Me encanta comprobar que los buenos proyectos educativos se pongan en práctica —comenté sin disimular mi cara sonriente—, y más aún en pueblos donde tanto se necesita, pero ¿Cómo has acabado eligiendo este destino teniendo opciones de mejores Escuelas?, por ejemplo en tu tierra, en Cataluña.

—A veces el azar es muy caprichoso, pero lo importante para mí es que la vida tenga sentido allá donde esté. Soy catalán de nacimiento, pero sobre todo ciudadano del nuevo mundo que estamos construyendo entre todos. Me he ido involucrando en la educación de estos chiquillos y chiquillas que van abriendo sus cerebros, y también se van abriendo claros en el pueblo. Si puede entrar la luz en estos parajes, se acabará iluminando el país entero. El trabajo de un maestro comprometido es duro, pero muy agradecido. Cada avance, por pequeño que sea, es la más grande de las recompensas. Por las noches tenemos la Escuela Nocturna, nuestra particular academia para adultos, también mixta, sobre todo para enseñar a leer y escribir. También ayudo en aumentar la cultura de la zona; ahora soy el presidente de la Casa del Pueblo de Briviesca, que se acaba de inaugurar este 30 de mayo, y ya me conoces, apporto mi granito de arena para que los nuevos tiempos y la modernidad republicana vaya sustituyendo los dogmas arcaicos. El 1 de mayo, sin ir más lejos, tuve el honor de hablar en el mitin de Briviesca, ante un montón de gente ilusionada. Y además tengo compañera, estoy

iniciando una relación con una mujer que sabe darse con libertad, a la que amo intensamente. Estoy en el lugar donde tengo que estar.

Siempre me admira encontrar a alguien que sabe lo que quiere y pone en ello toda la pasión. Coincidió totalmente con la visión de la educación que Antonio expresaba e irradiaba, impregnando de esperanza los tiempos por venir. Quería plasmar en mi tesis el espíritu educativo que se iba implantando en la España republicana y que, a pesar de los atrasos históricos, aspiraba a ser innovadora y punto referencia para otros países, incluso más dotados de medios y recursos. Pero el desafío era enorme y había mucho por hacer.

—Supongo que ya has echado un vistazo a nuestra pequeña Escuela— la voz de Antonio me sacó de mis ilusionados pensamientos—. Aquí está la estufa, la niña mimada en el invierno, cuando llegamos a temperaturas gélidas, heladoras. Tiene un particular poder de atracción, todos acabamos acercándonos lo más posible a su aura acogedora. A veces nos llega justo para comprar carbón, aunque hasta ahora nos vamos apañando. Y en esta preciosa caja, como ves, un gramófono, una puerta abierta al arte musical que abre como por arte de magia las mentes y los corazones, despertando la creatividad y la sensibilidad, que son patrimonio de todo ser humano. No solo hacemos audiciones, también les enseño a bailar y a aprender a llevar el ritmo, algo que me resulta muy natural y siempre se me ha dado bien. La Música es una de las grandes materias olvidadas de nuestro sistema educativo, y la cuestión es que solo se puede aprender música oyendo música.

Vi sobre un pupitre un ejemplar muy usado de *“Platero y yo”*, de Juan Ramón Jiménez, una obra poética que recrea la vida del asno Platero, el inseparable amigo de niñez y juventud del autor, y me puse a ojearlo.

—A los niños les encanta Platero, es una preciosa obra didáctica—comentó Antonio—. Lo hemos leído muchas veces, y lo dibujan a menudo. Cuando van a por paja con el burro, dicen que van con Platero, y hasta han abandonado la insana costumbre de muchos niños de pincharlos e incordiarlos. Ahora comienzan a respetar no solo a los burros, sino a todos los animales, y esto un avance sorprendente. Hace poco, y aprovechando este interesante descubrimiento, escribí un artículo sobre *“Platero y yo”* en la revista *“Escuela de España”*, que al parecer van a publicar en el próximo ejemplar de

la revista, este mismo mes. Leer y saber leer en los libros, te ayuda a leer en la Naturaleza y en la vida misma.

Mi vista iba y venía por cada rincón del aula intentando aprovechar la visita y que no se me escapara ningún detalle.

—Por lo que veo en los cuadernos, la Escuela es mixta—dije—. ¿Cómo en un pueblo, supongo que anclado en lo tradicional, han encajado estos nuevos métodos de enseñanza, y un maestro sin reglas estrictas, por no decir de los bailes con el gramófono, con chicos y chicas?. ¿Cómo llevan en el pueblo todo esto?.

—Todo cuesta, pero creo que poco a poco se van acostumbrando. Los cambios llevan su tiempo. El año pasado apareció una pareja de la guardia civil que decía venir a hacer una inspección a la Escuela, seguramente por alguna denuncia infundada. ¡Que podían inspeccionar un par de tristes personajes que les venía justo para hablari. Los niños estaban un poco asustados, pero no tuvo más trascendencia. Hace seis meses, después de las vacaciones de Navidad, varios vecinos se reunieron en el Ayuntamiento con la intención de “echar al maestro”. El alcalde escuchó con paciencia y me comentó la reunión, pero tampoco llegó a más. Hay gente reaccionaria en todas partes, y para ellos debo ser un maestro rojo, que no saben ni lo que significa, y además no piso la iglesia, y eso al párroco se le llevan sus demonios, y se encarga con esmero de envenenar y airear sus piadosas mentiras. Esto es el fruto de las gentes de derechas que no quieren perder sus privilegios, y como no saben razonar, acusan de cualquier barbaridad. Quienes no tienen un mínimo de cerebro están expuestos a su toxicidad. Hay 32 niños y niñas en edad escolar y no todos asisten a clase; en algunos casos es porque en sus casas les necesitan y deben trabajar. Cuesta convencer a los padres de la utilidad de la educación. Hay quien sigue creyendo que basta con saber leer y escribir en plan básico y hacer algunas cuentas. Sobre la escuela mixta tengo claro que beneficia a niños y niñas, que no entienden de distinciones y se acostumbran a tratarse como iguales, y esa es la mejor forma de que cuando crezcan acaben con la tiranía del hombre sobre la mujer. Los niños se estimulan entre sí y a todos les hierve su ansia de saber, y se entusiasman con todo, cuando se les permite. No existe la manzana podrida, son niños. Aprenden a escribir y a leer con nuestro método que pone fin a aquello de “la letra con sangre entra”. Yo suelo decir

“Las letras con sangre entran, pero con la sangre del maestro”, por su esfuerzo, su ayuda y dedicación. Como dicen en la Institución Libre de Enseñanza: la Escuela no debe ser nunca triste, ni el maestro alguien a temer, agrio, distante, frío. Hay que dejar paso a la alegría y al bullicio del niño.

El tiempo pasaba sin darnos cuenta. Antonio me resultaba tan ameno y el tema de la educación me tenía tan interesado que podría estar horas escuchándole. Cesar estaba presente pero no abría la boca, daba la impresión de estar impregnándose de las palabras y captando en profundidad su significado, mantenía la atención en todo momento, era como el alumno ideal.

Salimos a dar un paseo por el pueblo, a pesar de que empezaba a apretar el verano, pero era sábado y se acercaba la hora de tomar un vino con unas aceitunas antes de comer. No todas las tradiciones necesitan un cambio. Mientras Cesar se quedaba preparando la comida, nos acercamos a la taberna del pueblo, que al parecer no era la única. Estaba ubicada en los bajos de una vieja casa de adobes y madera, sencilla y acogedora, con un aire de bodega que invitaba a entrar. Todos saludaban al maestro con respeto, pero con distinta efusividad, se notaba que su presencia inquietaba a algunos. Allí nos encontramos con Domingo, un amigo de Antonio y alumno suyo en la Escuela Nocturna, y después de una presentación cordial, nos sentamos los tres en una mesa un poco apartada de las otras, que se iban llenando por momentos y aumentando los ruidos y las voces. A Domingo se le veía inquieto y no tardó en abrir la conversación, intentando que no se oyera en las mesas cercanas.

—Sabes algo, Antonio, de lo que está pasando, dicen que en Briesca se ven muy activos los falangistas, ya ves, aquí todo el mundo se entera de todo.

—No sé, tendremos que poner la radio a ver si dicen algo, pero hay que permanecer tranquilos. Este es un momento de crisis, como tantos otros, pero la República es fuerte y no se va a dejar amedrentar por los fascistas, que además son cuatro gatos, ya vimos como en las elecciones de febrero apenas llegaron a cuarenta mil votos en toda España.

—Tu por si acaso ándate con cuidado —le dijo Domingo con cara de preocupación y bajando aún más la voz—. Todavía les duele el artículo que publicaste en “*La voz de Bureba*”, en enero —dijo mi-

rándome a mí—, no se cortó ni un pelo, hablando de capitalismo voraz, de la iglesia y el militarismo como parásitos, y de los burgueses como calamidad pública. Disté en el clavo, pero estos no perdonan. Y en su discurso en el mitin del 1 de mayo en Briviesca tampoco escatimó verdades como puños.

—No se puede vivir siempre con miedo —dijo Antonio convencido de su afirmación—. Precisamente sembrar temor es el último recurso de aquellos que no tienen razones y por eso cada día pierden apoyos y poder. Tenemos que estar firmes y dejar ver que no nos vamos a esconder.

—Y que piensa tu amigo Julián.

—Yo estoy más bien inquieto. No sé como son las cosas por aquí, pero en Salamanca hay mucha gente de derechas y los militares se envalentonan cada día más con sus proclamas; incluso en la Universidad se palpa el odio y la tensión entre supuestas gentes cultas e inteligentes. Por otra parte, los socialistas están también muy radicales, se producen muchos altercados, aislados, pero creciendo en violencia. Espero que el ambiente se calme y aprendamos a convivir en paz.

Nos percatamos que desde algunas mesas nos miraban de reojo y acabamos la conversación disfrutando de nuestro aperitivo. Nos despedimos de Domingo, quedando en comentarnos cualquier noticia que nos llegara.

Cesar, a pesar de estar recién salido de la infancia, hizo honor a su prestigio de buena cocina con unas estupendas lentejas acompañadas de morcilla y chorizo que entraban muy bien, aún en medio de los calores de julio. El zagal recibió todos nuestros elogios y se fue sonriente con los chavales de su edad.

Pasamos la sobremesa y buena parte de la tarde conversando mano a mano. Antonio estaba muy interesado en las Misiones Pedagógicas, en las que hasta ahora había participado muy poco, pero en las que estaban activos varios maestros freinetistas.

—No voy a hablar yo todo el rato —comentó Antonio—, cuéntame como ha sido participar en las misiones y que futuro se plantea.

— Está siendo una lucha titánica por acercar la cultura a los pueblos y aldeas más aisladas de todo el país, en un intento por ayudar a alfabetizar el mundo rural y llegar a aquellos que no tienen casi nada. Sorprende ver su reacción ante unos sencillos versos, un

coro musical, una buena obra de teatro, y sobre todo ante el cine, que les divierte y les deslumbra, y permanecen como alucinados, sobrepasados al ver el mar o por las imágenes en movimiento, de las que se apartan como si los fueran a atropellar; se olvidan que es una película. En mi caso me suelo dedicar a recitar versos, a veces acompañados por la melodía de un violín, tratando de despertar el afán de leer para los pocos que ya saben, o de aprender a leer para muchos más. También dejamos algunos libros en las Escuelas de los que siempre están escasos. Allí he conocido a gente magnífica; poetas como Cernuda, Machado, y al mismísimo Lorca, con el que cada pequeño detalle cobra un aspecto mágico, entusiasta de difundir el teatro entre las gentes campesinas que nunca lo han visto, poniendo a su alcance tanto el teatro clásico como el moderno. A pesar del gobierno de las derechas, que recortaron los recursos, el proyecto se ha ido manteniendo, además casi todo se hace a base de voluntariado, y muchos de los materiales han sido donados o regalados por personas y familias republicanas. También ha habido que aguantar ante los ataques de los sectores más tradicionalistas que consideran la cultura como un instrumento de propaganda izquierdista. La prensa reaccionaria ha arremetido sobre todo contra Lorca, intentando minar su estupendo trabajo en el teatro ambulante de “La Barraca”, llamándole “Federico García Loca”. “Loca”, sin erre, en alusión a su condición de homosexual, y acusando a La Barraca de ser “una pandilla de sodomitas”. Miserias y veneno en las palabras, a las que yo nunca me acabo de acostumbrar. A pesar de que en algunas localidades de la España profunda el odio ha creado el caldo de cultivo para que los más exaltados, y a menudo los más incultos, vayan a reventar las obras, sin embargo, en general, el proyecto está siendo un enorme éxito y muy apreciado por la población.

—¿Cómo se decide a que pueblos acudir?.

—Para asignar una misión a una determinada localidad, es necesario que ésta realice una propuesta acompañada de un informe que recoja datos sobre la geografía, economía, distribución de la población, situación cultural y escolar, ambiente social, comunicaciones, itinerario posible y cualquier otra peculiaridad de la comarca que pudiera ser útil para la organización de la futura misión. Al poco tiempo y a pesar del descontrol inicial, las solicitudes fueron

tantas que se hizo imprescindible hacer una selección, dando preferencia a los pueblos más pequeños y aislados. Las misiones no tienen una duración fija, oscilan entre uno y quince días, dependiendo de las actividades programadas en cada lugar y del itinerario pendiente. En muchos casos, al finalizar las actuaciones, tienen lugar conferencias seguidas de coloquios, charlas sobre temas profesionales, sanitarios y de educación cívica, etc. Una vez terminada la visita, se entrega a cada maestro o maestra del pueblo una pequeña biblioteca para instalar en la escuela y, en muy contadas ocasiones, un gramófono con un pequeño lote de discos. Estas modestas bibliotecas, pese a ubicarse normalmente en las escuelas, están dirigidas al conjunto de la población. Éste es el único servicio que permanece, una vez que la misión marcha a otro lugar. Desde los recortes de las derechas y para optimizar los recursos se ha dado mayor peso a las delegaciones locales, que se han creado según se han ido disponiendo de grupos comprometidos en distintas partes del país.

—Me viene a la mente — continuó Antonio—, los comentarios apasionados sobre las misiones en el congreso Freinet del año pasado de mi buen amigo, Ramón Acín, de Huesca, al que tú también conociste. Es un entusiasta de las técnicas Freinet, y ya ha visto sus buenos resultados en las manos de Simeón Omella, el maestro de Plasencia del Monte, pueblo cercano a Huesca, otro colega comprometido con la renovación pedagógica. Ramón tiene una pluma prodigiosa, dice que estos trabajos de los niños, salidos de estas máquinas como de juguete, tienen un poco la emoción de los incunables, y argumenta que Freinet lleva la imprenta en la mente porque debe ser la reencarnación del Gutemberg de cinco siglos atrás. Defiende que con estas imprentillas no se precisan de libros de texto, caros y pretenciosos, porque la civilización es una complejidad al servicio de una simplificación. Él no solo aboga por la nueva escuela y crítica al sistema vigente, sino que ha optado por una vía educativa en su propia casa para sus dos hijas, Katia y Sol, fuera de lo común. Cuenta con el apoyo inestimable de su mujer, Conchita, culta, con buenas dotes para el piano, que comparte los planteamientos de su esposo hasta sus últimas consecuencias. A las clases de padre y madre se añaden las de otros profesores amigos afines a la filosofía de la Institución Libre de Enseñanza, todo un

paraíso para esas afortunadas niñas.

—¿No es Ramón Acín quien ha patrocinado la película de Luis Buñuel “Tierra sin pan”, sobre la dura vida en las Hurdes, esa región montañosa de la provincia de Cáceres?.

—Sí, la idea de rodar una película documental en la Comarca de las Hurdes, que vive un retraso indescriptible y mucha miseria, cautivó a Acín y a Buñuel, que se conocían de hace tiempo. El caso es que no había dinero para financiar la película y Acín, en una apuesta al viento, comprometió su palabra de que, si esas navidades le tocaba la lotería, financiaría los gastos. Le tocó el premio gordo de la lotería de navidad de 1932, y cumplió su palabra. Todavía quedan quijotes por ahí sueltos. La película levantó una ola de indignación por lo extremo de sus imágenes y el gobierno de la República decidió prohibirla por la supuesta mala imagen que daba de España. A los señores de bien no les gusta que les muestren las desgracias de los pobres, de las que no se consideran responsables, como si amasar riquezas no fuera la causa de tanta miseria. Ramón es un hombre del nuevo renacimiento: periodista, pedagogo, escultor, artista, y sobre todo hombre de paz, a pesar de su vinculación con el anarquismo. Es de los que cree, como creemos muchos, que se puede hacer la revolución sin derramar una sola gota de sangre, iluminando progresivamente las mentes y las conciencias, y eso que por estar en la CNT ya sabe lo que es la cárcel, el exilio y el odio ajeno. Supongo que lo veremos pronto en Manresa.

Se refería al próximo congreso sobre el método Freinet que se va a celebrar en Manresa este 20, 21 y 22 de julio. Habíamos quedado con Antonio en acudir juntos, después de la charla que iba a dar en Burgos este domingo, día 19, sobre la educación en la Escuela.

—Para mí lo más destacable de Ramón es su espíritu libre y su pasión por la educación de los nuevos tiempos —apunté con convicción—, y coincidido con Ramón en que sobra la violencia. Giner de los Ríos decía que donde hay que hacer la revolución es en las cabezas y en los espíritus, no en las barricadas, ni en los campos, donde está sobradamente probado que las revoluciones, por muy buenos ideales que abanderan, acaban repartiendo dolor, desdichas, odios, y salvajismo, sobre todo en esta España nuestra que a la primera excusa se lanza en los brazos de la crueldad. Decía también que sobra la barbarie para recoger algunos frutos que se habrían obtenido

por otros caminos, y probablemente con mayor rapidez, si se tiene en cuenta la larga oscilación de acciones y reacciones que toda violencia trae consigo. Y el genial filósofo Ortega y Gasset, en el que resuenan las ideas de Giner y de la Institución Libre de Enseñanza, decía que el liberalismo tenía que ser un “sistema de la revolución” si se quería evitar que impusiesen sus arbitrariedades los “revolucionarios sin sistema”.

—¿Has tenido ocasión de ver a Ortega en una de sus clases magistrales, de las que tanto se habla? —preguntó Antonio—. Es un personaje un tanto polémico, pero me identifico con algunas de sus reflexiones profundas, como cuando habla del buen docente, no el que suministra un gran caudal de información, sino el que despierta el espíritu crítico. Y esa frase que enamora: “La verdadera varita mágica es la mente del niño”.

—He tenido la fortuna de participar en algunas de sus clases en la Universidad de Madrid, y es toda una experiencia. Tiene la habilidad de despertar la atención del oyente y crear un aura especial en la que te sientes involucrado en los temas que plantea. No he conocido nunca una mente tan afilada y tan ágil. En materia de educación se nota la influencia de la filosofía krausista de Giner de los Ríos con el que mantuvo una estrecha relación y sin duda les unió un mismo afán de modernización de la sociedad española. Lo más importante de la educación es para Ortega incitar a los alumnos con el ejemplo, en la búsqueda de la verdad, para usar el conocimiento adquirido por la experiencia propia como método para la comprensión de la realidad y, en particular, la realidad de la vida de cada uno de nosotros. Afirmaba ya hace unos cuantos años que “La filosofía, no se enseña; la filosofía a lo sumo, se contamina”. Lo denominaba como “Pedagogía de la contaminación”, sobre la base de que cada uno tiene que buscar la verdad por sí mismo, y el maestro lo que tiene que hacer es poner al discípulo en el camino para hacer ese viaje de descubrimiento. El método sería la salida de la incertidumbre tratando de descubrir la verdad. Decía que, el maestro no puede enseñarnos sino cosas, pero puede aspirar a “contaminarnos” con el amor al saber, con la “filo-sofía”. Ortega defiende que a los niños se les dé en el colegio mucha libertad para que se muestren cómo ellos son, en la misma línea del método Freinet, porque hay que hacer niños despiertos, vitales y espontáneos,

y no niños que parezcan adultos, alimentados por hechos y cifras; hay que educar a los niños en la sensibilidad hacia las normas básicas, pero al mismo tiempo, incentivar en ellos su voluntad y su entusiasmo y fomentar la naturaleza infantil. Más tarde ya habrá tiempo para introducirlo en los saberes de la cultura y de la civilización.

Continuamos charlando largo rato, parece que nos íbamos re-  
troalimentado con lo que cada uno decía, disfrutando de una conversación amena, llena de contenidos, de esas que estimulan la capacidad de pensar, algo que para mí era una velada magnífica. Cuando caía la tarde, estiramos las piernas alrededor de la Escuela, y enseguida nos sorprendió la llegada de un hombre que caminaba ligero hacia nosotros.

—Hola Rafael, ¿Qué te trae por aquí a estas horas? — preguntó Antonio con cierta inquietud—. Este es Julián, un buen amigo, y él es Rafael Martínez, contratista de obras y dueño de una fábrica de yeso, con unos cuantos trabajadores a su cargo. Es el presidente de la Agrupación Socialista de Briviesca y un gran compañero, puedes hablar con franqueza.

—Vamos dentro y os cuento.

Entramos en la planta baja de la Escuela y subimos a la vivienda. Cuando Rafael se aseguró que estábamos solos nos dijo con rostro de preocupación:

—El ejército se ha sublevado contra la República en Marruecos. Parece confirmado que al menos en Melilla lo han conseguido. Se teme que sea el comienzo de una gran sublevación en toda España. Desde el Gobierno se dice que está todo controlado, pero desde el partido nos pasan la consigna de que estemos en alerta en todas las agrupaciones. En Briviesca se palpa mucha tensión, los ánimos están muy tensos, se ve a los falangistas en grupos y da la impresión que traman algo y que están a la espera.

La noticia nos cogió por sorpresa a pesar de que hacía días que se hablaba de que desde diversos sectores del ejército se planeaba un golpe de estado.

—Hay que confiar en la fuerza de la República —dijo Antonio, intentando poner un poco de calma—. Con una rápida respuesta de firmeza se pondrán las cosas en su sitio. Pero no podemos ser ingenuos, hay que estar preparados para cualquier escenario, y que

se note que estamos dispuestos a todo para que nadie se atreva a ir más lejos. Mañana, sábado, estaré todo el día en la Casa del Pueblo de Briviesca, con algunos camaradas que habrá que avisar cuanto antes, aunque conviene no crear una alarma excesiva.

—Yo por mi parte —añadió Rafael—, reuniré a un grupo de compañeros en la sede del partido, y correré la voz por si se precisa que el pueblo salga a las calles. Esperemos que todo quede en una algarada de militares jugando a la guerra.

—Tendremos que cambiar nuestros planes, Julián. Anularé la conferencia que tenía previsto dar en Burgos este domingo 19, y supongo que el congreso de Manresa del 20 al 22 también se va a suspender.

—Yo creo que intentaré llegar a Salamanca cuanto antes —comenté—, cogeré un tren, ya desde Briviesca, antes de que se tomen medidas restrictivas en los transportes. Por mi tierra tengo amigos que estarán muy preocupados.

—Ya le diré a uno de mis obreros que os pase a buscar con la camioneta a primera hora.

Toda la magia de la tarde se había esfumado en un instante. Una sombra, aunque supuestamente lejana, planeaba sobre nosotros. Rafael se fue enseguida y nosotros bajamos de golpe el nivel de nuestra conversación, y nos volvimos prácticos, organizando el próximo día, sin atrevernos a imaginar lo que podía pasar, y haciendo esas cosas cotidianas que te devuelven al día a día, como preparar la cena y fregar los platos, ya que Cesar seguía con sus amigos.

Para mí la situación no era la misma que para Antonio. Yo no estaba comprometido con ninguna organización, ni tenía responsabilidades directas, pero participaba de muchas actividades culturales cercanas a los grupos de izquierda y con algunos anarquistas, de esos que amaban la cultura por encima de las armas. Cosas tan normales como enseñar a leer y a escribir en la Casa del Pueblo de Salamanca; asistir a conferencias sobre los temas más modernos y avanzados; apoyar manifiestos de evidente justicia; en definitiva, material suficiente para ser sospechoso de rojo. Nunca entenderé la simpleza de dividir a las gentes en rojos y azules, esa simpleza que se va de las manos cuando se apodera de cabezas huecas. Aunque mis clases en la Universidad no habían recibido quejas o

críticas que reseñar, se me consideraba poco afín a la tradición y a los cánones vigentes en filosofía. Mis amigos y la gente con la que me relacionaba eran de lo más variados, pero sobre todo afines a las nuevas corrientes de ideas que impregnaban estos tiempos cambiantes, muy alejadas del fascismo y la monarquía, que seguían siendo ideas antiguas, aunque algunos intentaban pasarlas por modernas; pertenecían al viejo mundo empeñado en aplicar recetas arcaicas a situaciones actuales. Sin embargo, siempre he procurado diferenciar bien las ideas, de las personas, que abundan en lo bueno y en lo no tan bueno en todas partes. En cualquier caso, consideraba que mi sitio estaba con mi pueblo, haciendo número y apoyando los avances, tal vez aún imperfectos, que la joven República iba arañando con mil impedimentos.

Con mi familia no podía contar para nada. Mi madre murió hace cuatro años, y mi padre falleció el año pasado. Tuve suerte, eran de clase media, y aunque con ideas un tanto anticuadas, fueron lo suficientemente avanzados como para darme buenos estudios y permitirme estudiar Filosofía, algo que seguía considerándose de poco futuro. Tengo un sentimiento de gratitud hacia ellos que se agranda con el paso del tiempo. Mi única familia cercana es mi tío, un impresentable y un hipócrita, que por haberse casado con un buen partido se cree de la alta sociedad y con la obligación de ser de derechas, con lo que seguro que ahora se siente en su salsa. Hace años que no tenemos relación, y supongo que nos detestamos mutuamente, y tengo que reconocer que me cuesta evitar esa sensación de rechazo. Soy consciente que a veces no predico con el ejemplo.

Después de una noche inquieta con esos sueños revueltos que no recuerdas, pero que no dejan un grato sabor, me levanté con buen ánimo. Como nos prometió Rafael, llegó uno de sus trabajadores con una camioneta a punta de mañana. Metí las cuatro cosas que llevaba en mi bolsa-mochila y nos pusimos en marcha hacia Briviesca por un mal llamado camino carretero, al que el apelativo de camino le venía justo; ocho kilómetros que parecían tres veces más.

Briviesca es una gran población de más de tres mil habitantes, cabecera de Comarca y con una actividad destacada de negocios

y empresas, aupados por disponer de estación de tren. Ya de mañana, en pleno sábado, se veía actividad, aunque nada fuera de lo normal.

Casi habíamos venido sin cruzar palabras, no sé si nos lo dijimos todo ayer, o pesaba sobre nosotros la losa de la realidad, llena de incertidumbres. Fuimos a despedirnos con un desayuno en la plaza mayor, un espacio muy peculiar, pero muy bello: de forma rectangular con un óvalo dentro, una calle de árboles, con faroles y bancos intercalados, una iglesia enorme ocupando casi una manzana, las casas con pórticos y miradores, una fuente y un poco más allá una glorieta, en la que Antonio me informó que se bailaba todos los domingos al son de la banda municipal; un baile con una sana mezcla de clases sociales, donde solía mostrar sus dotes como bailarín y disfrutar de la vida.

Después de un buen desayuno, con nuestras cabezas pensando en nuestras cosas, Antonio me acompañó a coger el tren hacia Burgos, donde pensaba intentar coger otro para Salamanca

—Bueno Julián, esta es nuestra despedida. Yo tengo que estar en la Casa del Pueblo y tu seguir tu camino. Todos los planes se han truncado, pero seguro que pronto coincidiremos y podremos seguir conversando junto a una buena mesa y bien acompañados.

—Gracias por tu hospitalidad, me llevo un grato recuerdo de Bañuelos de Bureba, y de su magnífica Escuela. Las personas como tú hacen grande esta tierra.

Nos dimos un fuerte abrazo de verdadera hermandad, con una cierta sensación de vacío ante nuestros inciertos destinos, si es que se puede hablar de destinos ciertos. No soy muy dado a dar aire a sensaciones extrañas, prefiero confiar y seguir adelante, aunque algo no encajaba del todo; tal vez eran cosas de mi mente impaciente; ya se vería.

\*\*\*\*\*

Un destello de luz, seguido de un fuerte y rápido tirón, me saca de una escena que ocupaba toda mi atención. Parecía que estaba en un mundo real, pero nada comparado con la realidad de este instante, pleno de paz y de presencia, de una belleza indescriptible, luminoso, pero con una luz que no viene de ninguna parte. No

hay sensación de tiempo, y no me muevo en ningún espacio. Soy partículas de luz ordenadas en una disposición establecida, y conciencia, inmensa conciencia que no precisa de actividad cerebral. Sé que tengo una conexión con un cuerpo, pero ahora no siento, no respiro, no hay cielo ni tierra. Es un estado que me resulta muy familiar, pero sin acabar de estabilizarse.

*—Es la primera vez que consultas un Registro Akáshico, y cuando se sale, tu presente se va reajustando de forma natural. Tu cuerpo físico permanece bien dormido, aquí no pueden entrar las personalidades, solo son vehículos, y además no resistirían los niveles energéticos. Este plano solo está al acceso de los cuerpos de luz, las almas inmortales de los seres humanos en evolución que, cuando llegue su momento, se fundirán con el Ser.*

No es una voz audible, ni un pensamiento, ni una corriente mental, son pulsos, latidos de conciencia, que se comprenden al instante con una profunda intuición. Los pronuncia alguien que me guía, me protege y me orienta, que reconozco sin ninguna duda, y con quien me unen antiguas historias y experiencias. Tiene una evolución muy avanzada que no llego a abarcar; lo considero un maestro, un maestro de luz, un privilegio, una oportunidad de la que intento estar a la altura.

Una cadena de certezas se muestran sin buscarlas. Sé exactamente quién soy y que hago en este plano. He consultado el Registro Akáshico de una encarnación pasada en la guerra civil española. Ahora vuelvo a estar en encarnación, en un cuerpo de mujer que, mientras estoy en esta dimensión, permanece en un sueño profundo y con el que mantengo conectado el hilo de vida, que facilitará mi retorno. El hilo de conciencia está aquí enfocado, donde entró con cierta frecuencia.

Desde esta percepción, la vida en el plano físico tiene un marco de realidad muy limitado. Accedo a este mundo desde un cuerpo dormido, pero parece más veraz ver la vida física en coordenadas espacio-tiempo como un simple sueño, intenso, aunque con tintes de irrealidad ante la evidencia de nuestra esencia eterna.

Cuando vuelva al plano físico no voy a recordar nada. Mi personalidad terrenal y temporal no tiene la menor noción de la gran-

deza espiritual de un auténtico ser humano. Aquí tengo todas las respuestas que desde la conciencia cerebral tienen que ser conquistadas a fuerza de trabajo y esfuerzo, y mucha experimentación, entre algunos aciertos y muchos fracasos, si es que existe el fracaso, ya que cuanto más duras son las caídas y se acrecienta el dolor, más se aprende, y más se obtiene la debida recompensa de luz y amor.

*—Se te ha permitido consultar tu reencarnación en los tiempos de la guerra civil española porque hay algo importante que resolver con tu pasado, imprescindible para que tu karma se libere de esa impactante experiencia en el plano físico. Desde tu otro lado también estás haciendo un intento de comprensión. Los sucesos de cada vida despiertan campos de conocimiento que deben ser explorados, integrados y asimilados y trasmutados en luz y sabiduría. El proceso es lento, porque la evolución es necesariamente lenta.*

Cada idea que visionaba, cada intuición o cada sencilla reflexión, la capta el maestro sin necesidad de ser pronunciada. Nos comunicamos en medio del más absoluto silencio, sin necesidad de sonido. Comenzaba a plantearme el funcionamiento del Registro Akáshico, y una respuesta silenciosa se adelanta sin preguntar.

*—El Registro es el gran archivo del Universo en el planeta Tierra, que recoge todo lo que sucede en todas y cada una de las vidas que se reencarnan una y otra vez, con el objetivo de evolucionar elevando el grado de luz de sus partículas subatómicas, espiritualizando progresivamente la materia. Es una Biblioteca de límites inabarcables que conserva con exactitud la historia completa de la humanidad, sin posibilidad alguna de ser tergiversada.*

*Se pueden comenzar a consultar archivos de vidas pasadas, cuando se ha conseguido un cierto nivel de luz, para garantizar que las fuerzas y las situaciones latentes que se reactivan puedan ser afrontadas sin peligro. Se precisa disponer de energía y recursos para tratar con situaciones kármicas, que a menudo conllevan un torbellino de efectos y consecuencias, que saltan a la actual encarnación. El karma no es bueno ni malo, es energía que pasará a través de los cuerpos físico, emocional y mental y que debe seguir*

*su curso sin ser bloqueada, porque podría dañar los vehículos que el alma necesita para permanecer encarnada.*

*Cuando se revisa una vida, se revive cada escena tal como sucedió, en cada detalle, con las mismas sensaciones y percepciones, con los mismos pensamientos que en su día pasaron por cerebros y mentes, con las mismas limitaciones o libertades. No es un simple pasatiempo, supone encarar con responsabilidad antiguas actitudes y comportamientos. Nada que ver con la estupidez de pretender conocer vidas pasadas que se practica y se vende en el mundo físico, sin fundamento. Si fuera posible, se reactivarían karmas para los que no se está en condiciones de responder. Conocer vidas pasadas supone acceder al Registro Akáshico, algo que nunca está al alcance de las personalidades, solo se permite el acceso a las almas, y como ves, con muchas limitaciones en función del punto evolutivo, que no es más que el nivel de luz y conciencia al que puedes aspirar.*

Me cuesta entender el sentido de revisar una vida sin que se pueda observar de manera desapegada, desde una observación imparcial, y sin que se mantenga el recuerdo en la vida actual para no cometer los mismos errores. Entrar en el Registro, es volver revivir el pasado, como si estuviera sucediendo de nuevo; la historia que se sigue te envuelve y te engancha, como una película absorbente que atrapa con fuerza.

*—Entrar en un archivo akáshico conlleva un impacto de identificación, que solo podrá ser superado con mucha práctica y un nivel de conciencia aún muy lejano. No se debe pretender evitar el archivo y verlo como una película, para sacar conclusiones intelectuales que nada aportaran. Se trata de tener una nueva oportunidad para actualizar hechos exactos y verídicos, que quedarán en niveles subconscientes, y que desde una nueva vida puedan ser digeridos y procesados. No se presentarán como pensamientos lineales, ni como certezas mentales, sino como intuiciones y percepciones abstractas, que facilitarán comprensiones, tomas de decisiones y nuevos contactos con la realidad.*

*No se recuerda nada en el plano físico. Es por falta de continuidad de conciencia y por protección ante una personalidad que se*

*llenaría de espejismos e ilusiones.*

*Tienes que volver a tus vehículos. Ve en paz.*

Emprendo la vuelta al cuerpo físico con absoluta tranquilidad, en un paso que he cruzado muchas veces. El hilo de mi conciencia vuelve al cuerpo, ajustando su frecuencia. Aparece la noción de tiempo y espacio, la luz se difumina y adquiere otros tonos. Vuelvo a los sueños de un cuerpo dormido que no tardará en despertar.

## **I. Camino de Santiago. Jaca.**

Primavera incipiente, principios del mes de abril, ni excesivo frío, ni mucho calor. Estaba preparada y a punto de iniciar el “camino de Santiago”, que deseaba hacer desde que tengo recuerdos. Por fin disponía de más un mes con el único propósito de caminar, un día tras otro, e intentar llegar a Santiago de Compostela, y desde allí a Finisterre, “Finis Terrae”, “El fin de la Tierra”, antes de mediados de mayo, para celebrar mi 50 cumpleaños en la Galicia legendaria, que apenas tenía la fortuna de conocer.

Había elegido el llamado “camino francés”, pero con comienzo en su variante aragonesa, para hacer honor al origen de mis padres, aragoneses emigrados a Barcelona en los años sesenta que, a pesar de sentirse muy catalanes, siempre han hablado a su querida hija con respeto y cariño de su Huesca natal. También por ser una ruta muy poco concurrida, hasta que en cinco o seis etapas se junta en Puente La Reina de Navarra con el grueso de la parte del camino francés que viene de Roncesvalles; mejor empezar sin mucho ajetreo.

El camino de Santiago o Ruta Jacobea es el antiguo recorrido medieval que seguían los peregrinos para venerar el sepulcro del apóstol Santiago, en Compostela. La peregrinación es para muchas personas creyentes una oportunidad de renovación espiritual y de crecimiento en su Fe, con mayor o menor contenido religioso, y supongo que con muchos más propósitos y promesas. Hoy día se realiza esta ruta con las más variadas finalidades, respondiendo a la enorme diversidad de las personas en el siglo veintiuno, que además llegan de todos los países del planeta, cercanos y muy lejanos, aunque para un avión nada queda lejos.

Yo aún no acabo de tener del todo claro que ancestral impulso me lleva a querer hacer el camino. No soy religiosa, pero intento ser espiritual, que para mí es responder a la necesidad de saber quién soy, de descubrir el sentido a la vida y hallar la paz interior, y de encontrar respuestas a los cientos de preguntas que te plantea el mero hecho de existir. Pretendo caminar sola, al menos en buena parte del trayecto, y tener espacio de sobra para reflexionar en sana soledad, pero estoy abierta para disfrutar de la amistad y el compañerismo con otros peregrinos de diferentes países, culturas y tradi-

ciones, aunque no es mi principal objetivo. También quiero tener tiempo todos los días, al final de la jornada, para ir investigando, con el apoyo de mi pequeña Tablet, sobre un tema que me ronda desde hace tiempo, sobre “La tercera España”: el comportamiento de personas destacadas en la guerra civil española, y sus proyecciones hacia la actualidad. Me interesa a nivel de mi trabajo como profesora en el Departamento de Historia de la Universidad de Barcelona, pero me interesa en especial comprender la reacción de las personas ante situaciones de presiones extremas, ante el miedo implacable, y como se decantan en su comportamiento sacando lo mejor de su humanidad, o la mezquindad que siempre está al acecho de mentes temerosas.

Estaba bien preparada, o eso me parecía. Llevaba tres meses caminando dos horas diarias y con escapadas esporádicas los fines de semana para hacer rutas más largas por las montañas catalanas, que parecen no tener fin. Vengo con el equipo imprescindible, no soporto caminar cargada como una porteadora. Dicen que no hay que llevar más del diez por cien del peso corporal; en mi caso 6 kilos. Por fortuna mantengo un peso proporcional a mi altura: 1,75 metros con 60 kilos, o eso dicen las tablas. Seis kilos dan para llevar un saco de dormir, tres mudas, pantalón de repuesto, polar, impermeable, bolsa de aseo, un botellín de agua para una permanente hidratación, y cuatro cosas más; todo ello en versión ultraligera. Se ajusta bien la mochila a la espalda, con una buena presión del cierre en la cintura, y al poco de dar los primeros pasos, te olvidas de que vas cargada. También llevo en un bolso pequeño: el documento de identidad, tarjeta bancaria y algo de dinero en efectivo, no mucho, el camino es antiguo, pero está lleno de cajeros. En el bolso cabe un mini pack, que incluye unas tiritas para posibles ampollas y la credencial del peregrino, que me sellaran en cada albergue y acredita que voy haciendo el camino, supongo que acabará siendo un pequeño trofeo que guardaré con cariño.

Comienzo el camino con un extraño nerviosismo que arrastro desde ayer cuando salí de Barcelona, tal vez por una pesada jornada de viaje en dos autobuses, o porque no deja de ser un cambio sustancial en mi ordenada vida. No ha amanecido, pero ya se empieza a ver. Me había hospedado en el albergue del pequeño pueblo de la Estación de Canfranc, y su amable hospitalero me sube en

coche hasta el punto de inicio, en el puerto del Somport, el *Summus Portus* de los romanos, el collado y paso de montaña que hace de frontera con Francia y es una entrada originaria del camino de Santiago en España, junto con la Saint-Jean-Pied-de-Port y Roncesvalles en Navarra.

—¿Cómo te llamas, peregrina?—, se lanzó a hablarme después de recorrer los escasos siete kilómetros de trayecto.

—Raquel, Raquel Escartín, el apellido es de estas tierras.

—Sí. Escartín es un pueblo abandonado del Pirineo, en la Comarca del Sobrarbe, en un paraje precioso, aunque da cierta tristeza pasear por sus ruinas. Bueno, aquí te dejo: “Buen camino”, es el saludo entre peregrinos que a partir de ahora oirás muchas veces. Antiguamente se decía “Ultreia”, vamos allá, y se respondía “Et susseia”, vamos más arriba.

—Gracias, espero hacer el mejor camino posible.

La mañana es un poco fría, pero llevadera, y al poco de mover las piernas ya se me templea el cuerpo. Un cartel marca 937 km hasta Santiago, mejor no hacer números. El sendero está bien señalado y es cómodo, va en continuo descenso de forma progresiva, escoltado por las altas montañas pirenaicas, con tramos arbolados y otros abiertos, con bellos paisajes, un inicio ideal. Bajaba cerca de la carretera por donde me había subido el hospitalero, y era más que apreciable la diferencia entre recorrer siete kilómetros en coche o a pie. Andar es mucho más lento, pero también más tranquilo, y permite tener percepciones que no se consiguen con las prisas. La naturaleza se muestra espléndida a los ojos que la observan en calma.

La Estación de Ferrocarril de Canfranc, antes del pueblo de Canfranc, mantiene como un aire de nostalgia del siglo pasado, donde debió tener sus momentos de gloria, con una enorme edificación de estilo neoclásico, con ese corte modernista ideal para aventuras de espionaje junto a la frontera. Ahora estaba en plena rehabilitación intentando recuperar su condición de “internacional”, y hasta con un hotel de lujo. Son tiempos de culto al turismo, no queda más remedio que aceptarlo, e intentar que el dragón no nos devore, es como luchar contra molinos de viento.

Antes de continuar ruta, ya toca el primer ritual de la mañana, el primer desayuno, nunca se sabe si habrá un segundo. Té breakfast,

té negro, con un poco de leche y un azucarillo, y tostadas con tomate, aceite y sal, el “pa amb tomaquet”, “pan tumaca” para entenderte en castellano. En Cataluña lo tenemos por una joya nacional, pero debe ser adoptada, parece ser que lo introdujeron los murcianos emigrados a Barcelona en los años veinte del siglo pasado. Veo que en Aragón lo conocen bien, y seguramente en todo el camino, pero lo untan en la tostada con el tomate ya triturado, en lugar de restregar el tomate sobre el pan, no se puede exigir la perfección. A pesar de que no me apasiona la comida, ya se presagia que voy a disfrutar de muchas ocasiones de felicidad al sentarme en una buena mesa después de un prolongado esfuerzo

El día, aunque fresco, iba a ser soleado y casi sin viento, un buen comienzo. Seguía sin dificultad los senderos de la ruta bien marcados con las fechas amarillas, pintadas a brocha en piedras, árboles, paredes, y hasta en las calzadas de los pueblos. Es un símbolo que se ha convertido en universal. Lo ideo el cura de O Cebrerio, el primer pueblo que me recibirá cuando entre en Galicia; un entusiasta promotor del camino actual, que en los pasados años ochenta, junto a algunos voluntarios y tras conseguir pintura amarilla sobrante de pintar carreteras, se lanzó a señalar todo el trayecto desde Francia a Santiago, y ahora ya es una marca distintiva legendaria, que orienta con certeza y seguridad.

Seguí a paso ligero con la cercana compañía del curso del río Aragón, y su bosque de ribera hasta llegar a Villanua, un bonito pueblo del Pirineo con un pequeño casco antiguo y muchas más casas por todas partes; se nota que ya hace tiempo de la llegada del turismo de montaña. Ahora es donde el valle se ensancha, y se cogen los primeros andaderos: tramos de camino junto a la carretera, que en primavera tiene poco tráfico. De vez en cuando, algunos pequeños descansos para tomar agua y ver el mapa, para masticar unas pasas o unos frutos secos, y sobre todo para detenerse a ver la belleza del mundo, que tan a menudo se nos resiste. Hace falta estar con un mínimo de paz, para sintonizar con el encanto de la vida natural, que está presente por todas partes, no solo en los lugares idílicos; parece que la alteración de los átomos oculta las maravillas del mundo.

Va pasando la mañana, y cada vez me siento mejor. El hecho de saber que tengo un montón de días por delante, libres de obliga-

ciones y de rutinas, me produce una satisfacción que me es desconocida. Llego a Castiello de Jaca y ya a lo lejos, pero a tiro de vista, Jaca. Treinta kilómetros, no está nada mal para ser el primer día. A pesar de ir bien preparada, ya se me empezaban a cargar las piernas, señales precursoras de las inevitables “agujetas”; con un poco de práctica no volverán.

Llegar a un albergue como peregrina es muy gratificante. Me reciben con amabilidad, casi con ternura. No debe haber llegado aún nadie, solo me he cruzado con tres caminantes. Sello la credencial, mi segundo sello, el primero fue en Somport, pero este es el primer sello ganado. Parece una tontería, pero hay algo mágico en esto, casi parece una ceremonia.

Una ducha y cada parte del cuerpo vuelve a su sitio. El agua es un don que solo apreciamos cuando falta. Das a una simple llave y una lluvia canalizada a la temperatura que prefieras te limpia, renueva, purifica, se lleva hasta las penas.

Aunque un poco tarde hasta para España, las tres y pico, aún llego a hora para comer. Menú del peregrino, bien anunciado en los restaurantes, ya me han advertido que lo encontrare en todo el camino, no es caro, y no suele faltar la pasta: macarrones, espaguetis, pasta y más pasta, que me encanta y con unos cuantos kilómetros a las costillas, ni siquiera engorda. La comida no me hace perder mucho tiempo. Soy vegetariana, o mejor vegetariana extensa, también como huevos, queso, pescado; en realidad como de todo menos carne. No creo que tenga problemas, en el peor de los casos, siempre puedes encontrar el sufrido huevo frito con patatas, que con un poco de hambre es una delicia.

Aprovecho para hablar con mi única hija, Lorena, la he prometido que daré señales de vida cada día a ser posible. Ya tiene veintidós años, no es una edad para estar pendiente de su madre, pero en el fondo me encanta que se preocupe de mí, o al menos juegue a hacerse la preocupada. Lorena es madura y sensata, el sueño de toda madre. Estudia medicina, y ya está medio emancipada, comparte piso con dos amigas y se gana buena parte de sus gastos sirviendo desayunos en un hotel desde muy temprano. Es un espíritu inquieto que le gusta aprender de todo, y hasta cocina de maravilla. Desde luego no ha salido a su padre, del que llevo divorciada hace unos años. No tuve mucha suerte con él, aunque dicen que la suerte

te la buscas tú. No puedo con la infidelidad de los hombres, y no entiendo que les pasa cuando les da un pronto y se enamoran de una jovencita; supongo que no pueden resistirse a sus arrebatos sexuales, o no pueden dejar de pensar en lo mismo. Me sigue quedando la frustración de no haberlo visto venir. Tal vez sea más clásica de lo que me considero, pero sin total confianza y respeto es mejor no compartir la vida con nadie. Tampoco pierdo la cabeza por el sexo. Me gusta hacer viajes “con derecho a roce” con buenos amigos, y luego cada uno a seguir con su vida. A estas alturas para volver a convivir con un hombre tendría que ser casi perfecto, y esos no existen, ni como hombres ni como mujeres.

No quiero hacer la siesta, si aguanto, no la haré ningún día. Hay mucho que ver en los pueblos y ciudades por los que voy a pasar, y ya tendré tiempo de caer rendida a última hora. Lo que está casi garantizado es que dormiré a pierna suelta después de darle semejante tute al cuerpo. Normalmente no acierto a dormir más de seis horas, tal vez aquí se me reajusten los horarios.

Tengo pasión por las piedras, y por el románico en particular, aunque mi especialidad en historia está más en la edad contemporánea. Esta aventura va a ser un festín de patrimonio histórico, una de mis debilidades. Al poco de recorrer las calles de la Jaca antigua, donde también está el albergue, algo me atrae, me lleva como un imán, y encima comienzan a sonar unas campanas. Un par de calles y ahí está, la Catedral de Jaca, una joya del Siglo XI, uno de los primeros y más antiguos santuarios románicos de la Península. En ella trabajó el maestro Esteban y sirvió de modelo para el resto de iglesias del camino de Santiago. Entro con los ojos bien abiertos y los sentidos en alerta, dispuestos a dejarse sorprender. De planta basilical con tres naves, pilares cruciformes, columnas adosadas y ábsides semicirculares. Bóvedas de cañón originales en la nave transversal, pero las de las naves ya son góticas. El conjunto es de una poderosa belleza. Sí pudiera tomar medidas y relacionar sus proporciones seguro que encontraría el número áureo,  $1,618033\dots$ , un número algebraico irracional, con una representación decimal infinita y sin periodo, que posee propiedades peculiares. Fue descubierto en la Antigüedad, no como una expresión aritmética, sino como relación o proporción entre dos segmentos de una construcción geométrica, que tienden a la perfección. En la naturaleza, hay

muchos elementos relacionados con la sección áurea: la disposición de los pétalos de las flores, la distribución de las hojas en un tallo, la relación entre los nervios de las hojas de los árboles, o entre el grosor de las ramas principales y el tronco, o entre las ramas principales y las secundarias. Se atribuye un carácter de armonía y estética a los objetos cuyas medidas guardan la proporción áurea. Tienen algo especial, algo místico, que cautiva el espíritu.

Me siento un rato a meditar, a entrar en contacto con mi ser interior, con mi alma, en un entorno tan favorable. Practico la meditación cada día desde que era bien joven. Es una de esas actividades que descubres casi por azar y que a base de práctica se convierte en una de las partes más importantes de tu vida. Considero un privilegio meditar en un templo antiguo, entre piedras impregnadas con la energía que van dejando las personas que abren su corazón intentando encontrar la paz y dar lo mejor de sí mismos, y con la potencia acumulada por el paso de tantos peregrinos a lo largo de cientos de años. Cuantas gentes valientes e increíbles se habrán sentado en estos viejos bancos, cuanto deben haber visto estas viejas piedras.

Busco la cornisa exterior de la catedral donde ya sé que voy a encontrarme con el “taqueado jaques” o ajedrezado, un tipo de ornamentación arquitectónica en serie, de finales del siglo XI, que me maravilla, eleva mi percepción de la belleza allí donde lo descubro. Se encuentra en frisos y arquivoltas, y se basa en el uso, tanto de cuadrados como de rectángulos, unos hundidos y otros salientes de forma alterna, dispuestos en líneas, dando lugar a sombras que simulan un tablero de ajedrez, de donde le viene, en parte, su nombre, ya que si bien ajedrezado tiene su origen en la similitud de esta decoración con un tablero de ajedrez, el término “taqueado jaqués” está más relacionado con el hecho de presentarse de manera abundante en la decoración de la catedral de Jaca, de donde se debió extender al resto de la arquitectura románica de la ruta Jacobea y otros edificios románicos españoles. A mí me gusta llamarlo “ajedrezado jaqués”, como lo he llamado siempre.

En la portada occidental, sobre la puerta principal, el crismón, cristograma o monograma de Cristo, las letras XP sobrepuestas, a modo de mandala cristiano. Se estima que es el primer tímpano de entrada a un santuario esculpido de toda Europa, en el que apare-

cen tallados símbolos secretos y el gran crismón: un círculo con el monograma griego de Cristo, rodeado por serpientes, algunas en espiral, varias esferas y dos grandes leones. Y junto al crismón tres inscripciones; me llama la atención la tercera: “*Imperium mortis conculcans leo fortis*”, “El poderoso león aplasta el Imperio de la muerte”, a saber que pensaba exactamente su autor.

En la conocida como puerta de la Lonja, en la plaza del mercado donde se ubicaba antiguamente, en la jamba de la derecha, se encuentra tallada la “vara jaquesa”, la unidad de medida utilizada por los gremios constructores, cuyo uso se prolongó durante más de cien años. Las asociaciones gremiales eran comunes en la Edad Media, pero ninguna llegó alcanzar el prestigio social, los conocimientos y la influencia que atesoraron los gremios de constructores. Consiguieron un estatus especial, y a pesar de no saber ni leer ni escribir levantaron esplendidos edificios que tardaron siglos en ser superados. Obras portentosas que han trascendido al paso del tiempo, que conservan su viveza original, y en las que grabaron códigos, mensajes ocultos y claves mágicas. Se regían por el secreto gremial, sus conocimientos se trasmitían de forma discreta, y por vía oral. Aún hoy día cuesta saber cómo pudieron conseguir elevar esas piedras hacia las alturas con un dominio tan elegante de las líneas y las formas, disponiendo de herramientas y tecnología tan rudimentarias, seguramente con unos planos básicos con los que ahora no sabríamos ni construir un chamizo. Y también estamos muy lejos de saber el mensaje que se esconde en sus signos y grabados en la piedra. Figuras geométricas de diferentes tamaños y estilos, de trazos simples y monogramas, iniciales o representaciones zoomorfas: las marcas de cantero. Además de su función práctica para cobrar el trabajo realizado o indicar la ubicación y orientación del sillar, no sabemos si también trataban de transmitir algún mensaje en un lenguaje secreto, con connotaciones astronómicas, mágicas o místicas, hechas en un tiempo donde lo espiritual y lo luminoso era el centro de su universo.

Me interesa todo lo que tiene que ver con los aspectos mágicos, sagrados y ocultos del camino, que está lleno de pistas y simbología, de leyendas y misterios, que lo llenan de encanto. Hay que caminar con los ojos bien abiertos y la mente despejada, para descifrar las señales y descubrir la luz; por algo lo llaman “el camino a las estrellas”.

El día no podía haber sido más solitario, dos holas y dos buen camino, y prácticamente sola en el albergue; no cuento una pareja que solo hablan en inglés y van a lo suyo. Tengo un buen inglés, casi perfecto, viví dos años en Irlanda, pero no me gusta mostrarlo con gente que no hacen el mínimo esfuerzo por comunicarse. Algunos, sobre todo ingleses y americanos, creen que pueden llegar a otro país y les tenemos que entender, ni siquiera se molestan en hablar despacio, son supremacías que no quiero alimentar. Yo tengo la suerte de ser además “bilingüe natal”, con dos lenguas de nacimiento: el castellano y el catalán, a partes iguales. Con mis padres siempre he hablado tanto en una como en otra lengua. Nos pasa a muchos catalanes, no sé porque algunos pretenden que solo quede una de las dos lenguas. Cuantos más idiomas dominas, mejor que mejor. Me siento muy catalana, amo Cataluña, adoro la tierra en la que he nacido y he pasado la mayor parte de mi vida, pero el único nacionalismo que me interesa es el universal. Puede que los países tengan que ser así, mientras sigamos siendo tan amantes de lo nuestro, pero me pone enferma que se hagan diferencias entre seres humanos. Somos diversos, pero no tenemos derecho a imponer diferencias, mucho menos por ser más ricos y poderosos, o por creernos más inteligentes, más trabajadores, o más de lo que sea. A fin de cuentas, nuestra nacionalidad es provisional, cuando pasemos al otro lado no seremos de ningún país, ni de ningún sexo.

Hay un espacio por la tarde, ya en el albergue, porque en abril aún se hace pronto de noche, tal vez de un par de horas, antes de meterse en el saco y acostarse en la cama, camastro, litera, o en lo que toque, para aprovechar a sacar un rato, más allá del contacto y convivencia con peregrinos, para seguir conectada con mi trabajo de investigación sobre **la Tercera España** en la guerra civil española, que acabo de comenzar. Me cuesta llamar trabajo a indagar en temas históricos, es casi una pasión, que solo la entiende quien la vive. Además, tengo la fortuna de que sea mi medio de vida. No puedo decir que me llevo el trabajo a casa, o a mis vacaciones, es más bien que puedo disfrutar de mi vocación en cualquier momento y lugar. Llevo mi Tablet de viaje siempre a punto, como una mascota fiel, una buena compañía que nunca te defrauda.

Me meto de lleno en el tema en cuestión de segundos, olvidándome de lo que me rodea, sin ideas preconcebidas, sin saber a

dónde me lleva, ni las conclusiones por sacar. A menudo acabas llevándote enormes sorpresas que socaban los cimientos de tus convicciones. Todos creemos tener la mente muy abierta, pero qué difícil resulta cambiar de opinión y aceptar que enfocaba un asunto determinado desde una óptica errónea o incompleta. Solemos defender nuestros principios y certezas sin recordar o tener en cuenta como las adquirimos, tal vez condicionados por nuestra educación o nuestro pasado. La vida es continuo cambio, y lo sabemos, pero tenemos la tendencia de apegarnos a nuestras ideas.

Todo lo relacionado con la guerra civil me atrapa la atención de inmediato. Es una historia, no tan lejana en el tiempo, que a los españoles nos resulta muy difícil de comprender, y creo que aún no la hemos asimilado, tal vez porque no nos la han querido contar, o la han llenado de versiones distorsionadas y falsedades. Hay como una idea generalizada de que el pasado cruel y salvaje de una guerra civil entre hermanos es mejor olvidarlo y pasar página. No poder hablar de un suceso histórico, por terrible que haya sido, con libertad y sin miedo a las críticas, indica que no se ha superado, que su memoria y el trauma como nación permanecen enquistados. De hecho, aún quedan cientos de fusilados sin enterrar con dignidad. Enterrar bien el pasado supone conocerlo y no olvidar sus lecciones. La memoria histórica no se debe olvidar dejándola mal escrita. No puede quedar tergiversada, y debe saberse cada rincón oculto. Perder la memoria es perder las experiencias, buenas o malas, y no aprender de ellas. Avergonzarse del pasado es tan estúpido como quererlo repetir a ver si sale de otra manera. En palabras de Ortega: *“El pasado no nos dirá lo que debemos hacer, pero sí lo que deberíamos evitar”*.

La historia de la guerra civil es de una complejidad extraordinaria. Sorprende descubrir como una sociedad con una gran población de gentes sencillas, acabo metida en semejante laberinto. España siempre ha sido un país de grandes contradicciones, con enormes altibajos, con destellos de genialidad o de miserias, y de reacciones imprevisibles, donde las apasionadas ideologías del siglo pasado que prometían un nuevo mundo estaban destinadas a enfrentarse, y se enfrentaron a muerte, para desgracia de quienes vivieron en esos años de vértigo, y de sus herederos.

El viejo conflicto entre derechas e izquierdas continúa escribiendo

do capítulos, como esas series que cada año estrenan nueva temporada y nunca se acaban. Afortunadamente las luchas ideológicas de ahora no llevan el rencor y la violencia de tiempos pasados, aunque mantienen vicios fosilizados en demagogias, manipulaciones, lenguajes ofensivos, y falsas verdades, o mentiras, por llamarlas por su nombre.

La República, que en realidad era la segunda, fue el primer intento serio y de calado en tratar de crear una sociedad democrática en España y modernizar un país que soportaba la pesada carga de haber sido un imperio y no sabía como salir de su decadencia y su letargo. Se ha cargado con tanto desprestigio y durante tanto tiempo a la República Española que ha calado en un amplio sector del ideario colectivo, que no se toma la molestia de actualizar sus ideas preconcebidas. La República no es roja o azul, no tiene colores, no es de izquierdas o derechas, no tiene ismos, es un medio para expresar la voluntad de todos y hacerla realidad, que muchos países han adoptado, superando sus etapas de reyes y reinas hereditarios, un anacronismo que aún hoy día se resiste a desaparecer. La toxicidad del régimen franquista y de sus acólitos nos ha hecho creer que era poco menos que la cuna del mal, la culpable de una guerra civil, cosa de rojos y comunistas con sed de venganza; ideas perversas que deforman la historia y que algunos se empeñan en mantener. A la República le salieron enemigos por todas partes, tal vez no estaban los ciudadanos españoles preparados para ser demócratas. Se acusa a los sublevados de querer destruir la República e imponer un régimen dictatorial de corte fascista, al uso de la época, y sin duda es una acusación cierta, pero no es menos cierto que una parte significativa de los que se auto declaraban antifascistas no defendían una república democrática sino una revolución radical y violenta, y no menos totalitaria, siguiendo el ejemplo que había triunfado años atrás en la Unión Soviética, que entonces estaba idealizada y no se conocían aún sus crímenes y atropellos, ni la crueldad de su lado oscuro.

Las ideas políticas enfrentadas demuestran ser un terrible espejismo que nos lleva al conflicto incierto, al fracaso como sociedad y a poner en riesgo nuestra propia existencia. Despejar el espejismo de que nuestra razón es la verdad y la justicia, y la de los otros debe ser aplastada, debería ser una prioridad para toda mente pensante.

A los humanos, a lo largo de la historia, se les ha olvidado muchas veces que todos somos hijos de Dios, de la Madre Tierra, o del Universo, como cada cual considere, y que nuestro destino pasa por aprender a convivir, a compartir, y a erradicar para siempre las miserias de la guerra.

Durante mucho tiempo se ha hablado de “las dos Españas”. Benito Pérez Galdós, en 1912, en la publicación de *Cánovas*, su última novela histórica de los *Episodios Nacionales*, en plena crisis de la monarquía borbónica, escribió sobre la existencia de las dos Españas, la división de los intelectuales españoles en dos bloques: el liberal y el conservador, que se arrastraba desde el acogimiento de las ideas ilustradas un siglo anterior, y resaltaba la necesidad del renacer de una España moderada, liberal y sensata que superara el eterno enfrentamiento entre las otras dos.

Los ecos y el dolor de esta dualidad llegaron hasta el poeta Antonio Machado, que veinte años antes de la guerra civil escribió sus famosos versos, en el poema titulado *Españolito*, incluido en su obra *Campos de Castilla*:

*Ya hay un español que quiere  
vivir y a vivir empieza,  
entre una España que muere  
y otra España que bosteza.  
Españolito que vienes  
al mundo te guarde Dios.  
Una de las dos Españas  
ha de helarte el corazón.*

Sería Juan Manuel Serrat, quien le diera música y canción, durante la Transición, haciendo popular una reflexión, que en 1936 no heló, sino que partió corazones, y aún sigue dividiendo en bandos a un pueblo destinado a encontrar su punto de unión.

En los códigos no escritos de la historia actual se considera “la Tercera España” al referirse a aquellos hombres y mujeres que intentaron, sin éxito, durante la guerra civil traer la paz a España, y por este atrevimiento de moderación algunos perdieron la vida o la libertad y a otros les costó el exilio, perdiendo país y su modo de vida. Hay muchos personajes de relieve que podrían encajar en

esa denominación, pero a mí me interesan también otros menos conocidos, todos los que puedan aportar una poco de luz, aunque no fuera su propósito en absoluto.

Curiosamente fue un ucraniano Boris Mirkine Guetzevich, quien acuñó la expresión de Tercera España, en la revista francesa *L'Europe Nouvelle*, con un artículo del 20 de febrero de 1937, titulado precisamente *La Tercera España*.

Mirkine, era miembro de la Academia de Ciencias Morales y Política y conocido en los ambientes de izquierdas de Madrid. Exerto en Derecho Constitucional, en abril de 1933, fue invitado por la facultad de Derecho de la Universidad de Madrid para pronunciar una serie de conferencias sobre el régimen parlamentario en las democracias modernas, con gran repercusión. Mirkine planteaba rebelarse con tener que hacer una elección entre dos terrores, entre dos violencias, entre dos perspectivas. Decía que el modelo de Franco no puede “evolucionar”, para sostenerse en el poder, Franco se apoyará en los alemanes y en los italianos, y reinará mediante el terror, lo que excluye toda transición hacia la democracia, pero la victoria de Madrid comporta eventualidades inseguras de este retorno, ya que comunistas y anarquistas habían impuesto unas condiciones bélicas patológicas. Por tanto, no era cuestión de elegir entre dos perspectivas nefastas. Ni la Victoria de Franco, ni la victoria de Madrid, eran garantía de una paz seria y de una vuelta a la libertad y a la independencia internacional. “La política exige soluciones inmediatas, no morales”, decía Mirkine, y se precisaba una elección política que se impusiera a las dos perspectivas anteriores. La Tercera España, era la única que asegurará la libertad de su pueblo.

Durante la guerra civil, sobre todo en 1938, diversos intelectuales desperdigados por Europa, proponían crear una corriente ideológica basada en valores democráticos, para mediar en el conflicto y conseguir una paz que diese origen a una Tercera España, y con ello a la superación de las dos Españas que luchaban entre sí en la contienda bélica. Una idea rechazada por ambas partes, y en especial con la reacción frontal en contra de la Jerarquía eclesiástica y del régimen golpista militarista.

Me llama la atención la postura de los pacifistas en la guerra civil. Eran generalmente intelectuales, casi todos en la retaguardia,

o que habían huido, muchos por miedo a ambos bandos, y porque podían, porque huir no estaba al alcance de la mayoría de la población. Abogaban por la paz, ¿Quién no quiere la paz?, pero no es paz una liberación forzada de la guerra y un pacifismo convenientemente obligado. Ante una agresión se puede intentar la paz, pero tal vez no quede más remedio que defenderse del agresor, sobre todo si trata de arrebatarte la libertad y la justicia, aunque aún sean incipientes e incompletas. Recuerdo como me indignaba la postura de los pacifistas cuando estudiaba la segunda guerra mundial. Cuando los nazis estaban perdiendo la guerra, surgían voces ingenuas que pedían llegar a una paz negociada para acabar con tanta destrucción. Semejante despropósito solo permitiría rearmarse a un régimen de criminales para causar mucha más destrucción. Cuando el mal se encarna en la tierra no caben medias tintas, solo se detiene por una fuerza superior a sus instintos asesinos.

También ingenuo, aunque bien intencionado, fue el discurso que el presidente de la República, Manuel Azaña, pronunció el 18 de julio de 1938, justo dos años después del golpe militar, en el Ayuntamiento de Barcelona ante altos cargos del gobierno, diputados y diplomáticos europeos. Las tres palabras base del discurso fueron *paz, piedad y perdón*, con una llamada al fin de la guerra, para dar paso a la paz, el perdón y la reconciliación entre los españoles, y así evitar las terribles repercusiones de la guerra en el plano nacional e internacional, proponiendo la mediación europea para terminar con la guerra. Azaña reflexiona sobre el absurdo de la guerra como solución a los problemas de España, que no se solucionarían con un pensamiento dogmático. Planteaba, en un alarde de utopía que, una vez detenidos los combates, se aprenda *“la lección de esos hombres que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón”*. Fue un discurso ético que nadie aceptó, ni la izquierda española, ni los golpistas, ni tampoco, las supuestas democracias europeas, Reino Unido y Francia, más interesadas en mantener la paz con Hitler y detener el comunismo, que en el destino de España. Decía Azaña que, *“en una guerra civil*

*no hay vencedores ni vencidos, no puede haberlos, porque quien pierde es la Nación, y la reconstrucción de España solo es posible con hombres libres*". Pero la única paz que todos perseguían era la rendición incondicional de los otros, y no vino luego "la piedad" y "el perdón", sino la paz de los pardones y los cementerios, la venganza extrema. Los perdedores no tuvieron ocasión para demostrar piedad y perdón, pero los antecedentes de la guerra no presagiaban que hubieran hecho algo diferente.

Muchos intelectuales de la España republicana se marcharon al principio de la guerra, y no al final, lo que deshace el mito de una intelectualidad defensora de la República que se exilia tras la victoria de Franco. Se suele creer que se fueron por estar en contra de los crímenes descontrolados que se cometían, y por el miedo a los poderes revolucionarios, sobre todo comunistas, pero yo creo que también por no estar dispuestos a defender con su vida a una República imperfecta. Hay una tendencia generalizada entre las personas con mejores mentes y capacidades de un país a desvincularse de la política, que siempre tiene debilidades y contradicciones, con lo que dejan paso a gente mediocre y sin valores. Tenemos malos políticos en buena parte por la comodidad y la cobardía de los que tienen aptitudes naturales para ofrecer un excelente servicio a su sociedad y eligen servir a su individualidad, adornando su actitud de estupendas razones, simple egoísmo encubierto, exceso de "yo".

La Tercera España quería la paz, pero eso por sí solo no es suficiente para legitimarla, porque todos querían la paz, pero cada cual a su manera. La Tercera España fue generalmente republicana, porque era demócrata antes que nada, aunque los hubiera también conservadores y monárquicos. Todos repudiaron la barbarie de los extremistas, de ambos bandos. Su punto de unión era el respeto a la democracia sobre las ideas; respeto a la vida por encima de todo. La razón política y ética estuvo siempre en quienes defendieron a la República y nunca en quienes intentaron acceder al poder mediante un golpe de Estado. Tampoco el estalinismo, que se apoderó progresivamente del control republicano, hubiera permitido una democracia en caso de salir victorioso.

No todos los intelectuales de izquierdas fueron extremistas o radicales, ni se desentendieron de sus obligaciones, y dentro de sus posibilidades permanecieron fieles a su ideario intentando hacer

lo correcto, que nunca se sabe bien lo que es en una situación de conflicto. Me interesan en particular los casos de la intelectualidad republicana sin bando definido, o del que se rebelan ante situaciones injustas. Creo que iré investigando personaje a personaje para pasar de las ideas generales a las concretas. Estudiaré casos determinados que, aunque no sean conocidos, ni tengan fama o prestigio, considere que aportan visiones que enriquecen y dan forma a la realidad que ocurrió, que añadirá elementos para entender también lo que ocurre ahora. Un buen trabajo de recuperación histórico es un tesoro rescatado, una joya invalorable, para poner por fin las cosas en su sitio.

Pero ya se me cierran los ojos y me voy a meter en el saco antes de que caiga frita en segundos encima de la Tablet. Mañana dan buen tiempo, promete ser un bonito día, me encanta coger el sueño con esa expectativa silenciosa.

## Julio de 1936. Burgos.

El tren llegaba a Burgos con normalidad, aún por la mañana. Desde Briviesca solo son 40 kilómetros que se me hicieron cortos. En la estación todo parecía en orden, como cualquier otro sábado. A pesar de ser un nudo de comunicaciones se veía poca gente, medida en sus cosas, como de costumbre. Nada más bajar lo primero que hice es conseguir el primer periódico disponible. Abrí el Diario de Burgos y encontré enseguida lo que buscaba, devorando el texto con los ojos:

*“Una parte del ejército de Marruecos se ha levantado en armas contra la República. El levantamiento está circunscrito a determinados lugares de la zona del Protectorado y nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a tan absurdo empeño”.*

*“Los jefes y oficiales de la guarnición de Madrid se ponen a disposición del Gobierno. Una parte del ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado en armas contra la República. Fuerzas de tierra, mar y aire de la República se dirigen contra los sediciosos para reducirles. El Gobierno tiene dominada la situación. La aviación, que permanece fiel al régimen, está bombardeando Ceuta y Melilla”.*

*“No es cierto que se haya declarado el estado de guerra. La noticia es absolutamente falsa”*

Debería tranquilizarme la lectura de la prensa, pero me seguía corriendo un cosquilleo interno, una especie de intuición me decía que algo no encajaba. Tampoco acababa de fiarme de los comunicados oficiales, si las cosas iban mal es muy posible que trataran de ocultarlo.

Veo que no hay tren hacia Salamanca hasta mañana domingo, ya me lo habían advertido en la estación de Briviesca. En cualquier otra ocasión pasar un día en Burgos me hubiera encantado, pero ahora no era el momento, tenía que llegar a casa cuanto antes. Cogí mi pequeña mochila y me dirigí hacia una pequeña pensión de la calle Fernán González, por la parte alta de la Catedral, en la que había estado hace dos años, y en la que me trataron muy bien, además el dueño era del sindicato de la UGT y seguro que estaba bien informado.

La ciudad de Burgos se veía espléndida en un día de verano en

el que empezaba a subir el calor. El paseo hacia el centro histórico por la ribera del río Arlanzón, entre zonas de arbolado y jardines, me llenaba de la paz natural que desde ayer me había abandonado. Las agujas de la Catedral, que iban aumentando poco a poco de tamaño, son una guía directa hacia el corazón de una ciudad milenaria. Pasé por el Arco de Santa María, una de las antiguas puertas medievales para salir justo a los pies de la majestuosa Catedral. Te tienes que parar para contemplar semejante maravilla, una obra de arte gótica del siglo XIII, edificada sobre otra anterior del siglo XI de estilo románico. Me parece un privilegio estar delante de tanta belleza. Me encanta todo lo que tiene que ver esas piedras añejas, que unas manos diestras han convertido en las espléndidas iglesias y catedrales que pueblan nuestro país, y eso que no soy una persona religiosa. Rodeé la Catedral sin desviar la mirada de sus miles de detalles hasta subir por una escalinata a la calle Fernán González, que te da una perspectiva desde lo alto. La parte trasera de la Catedral es también de espléndida belleza, me gusta sentarme en un banco un poco más allá, a mitad de la calle, para disfrutar de una vista magnífica. Siempre que he pasado por allí tengo la necesidad de detenerme en ese banco. Hay algo que me atrae de esa visión de la parte de atrás de ese gigantesco templo y de las viejas casas cercanas, que parecen quererse arrimar a ver si se les pega alguna de sus virtudes. Es una mezcla de nostalgia y misticismo que me llena y me calma, no se definirlo, tal vez sea un profundo sentimiento de amor; mejor no ponerlo nombre.

Casi al final de la calle encontré la pensión, y veo que sigue abierta. Muy cerca está la Casa del Pueblo de la UGT en la que se notaba mucha actividad. Entrar y salir gente con prisas, no parecía una buena señal. Llegué a tiempo para comer en la misma pensión, que aún se acuerdan de mí y siguen igual de amables. Después de comer llegó Paco el dueño de la pensión, también con prisas, y conseguí hablar con él en un aparte.

—Hola Paco, no sé si te acuerdas de mí, soy Julián Torres, ya estuve aquí hace dos años. Tuvimos unas largas conversaciones sobre los bienes y males de la nueva República.

—Hola Julián, ya recuerdo, bienvenido de nuevo.

—Supongo que estás bien informado de lo que está pasando, yo estoy un poco inquieto, voy de paso, intento llegar a Salamanca,

pero no hay tren hasta mañana.

—Es un mal momento para viajar, la situación es muy delicada. No se sabe lo que va a pasar, pero todo indica que el levantamiento militar de África está a punto de extenderse a toda España, se nota en que los falangistas están envalentonados. Estamos pidiendo armas al Gobierno, pero insisten en que todo está controlado, creo que tienen más miedo a que estalle una revolución que a los fascistas. Aquí tenemos en el mando militar al General Batet del que nadie desconfía, es totalmente fiel a la República, pero está rodeado de oficiales fascistoides que no son nada de fiar. Los compañeros están muy preocupados, en Burgos hay demasiados militares y si se rebelan no habrá quien los pare.

—En que se os puede echar una mano.

—De momento tranquilo, gente somos muchos, y hay suficiente presencia en las sedes de partidos y sindicatos. Por ahora todo está quieto, Confíemos en que desde el Gobierno se actúe con firmeza. Si me entero de más noticias ya te tengo al día.

Se fue con la misma prisa con la que vino. Aunque me gustaba echar una siestecilla después de comer, no tenía cuerpo, ni siquiera para cabecear. Hice tiempo antes de ir a dar una vuelta por la ciudad y vi un anuncio en el periódico que me iba a ocupar la tarde. En el Teatro Principal, organizado por la sociedad cultural “Amigos de la Escuela” y bajo la dirección del maestro Quesada, tendría lugar un concierto con la interpretación de “Verde verderol”, una poesía de Juan Ramón Jiménez adaptada para canto y piano por el compositor Jesús García Leoz, y “La Mañana”, uno de los temas de la ópera “El mozo de mulas”, de Antonio José Martínez Palacios. Hacía tiempo que quería escuchar en directo esa ópera de Antonio José, como se le empieza a conocer. Es un joven compositor, músico y folclorista burgalés, director del Orfeón burgalés y de la Escuela Municipal de Música, autor del Himno a Castilla, y con treinta y poco de años ya cuenta con un enorme repertorio y un prestigio en auge. Además de su actividad musical imparte conferencias, publica artículos y dirige conciertos, uno de esos genios que elevan un país.

Al concierto había acudido mucho público, sobre todo de la burguesía de la ciudad, se notaba en su cuidada forma de vestir, y en esas sonrisas fingidas y saludos huecos que se dedican los podero-

sos adinerados cuando se reconocen entre sí, y además ocupaban los mejores asientos. Nunca me han parecido gente tan respetable como ellos presumen, y me rechina la cabeza cuando alardean de que con sus fábricas y negocios dan de comer al pueblo. La mayor parte no dudan en estrujar a sus trabajadores todo lo que pueden, sin importarles las condiciones de miseria en las que viven. “Nadie se conforma con lo que Dios les da”, como oí decir un día a una de estas señoras enjoyadas a la salida de misa, que no se paró ni a dar limosna a una pobre vieja a la puerta de la iglesia, tal vez ni la vio. Empezó la actuación y me olvidé por completo de esa “pobre gente rica”, para disfrutar de la orquesta que acertaban a tocar con precisión y delicadeza. Me parece un gran logro en la historia de la humanidad haber llegado a juntar a un montón de músicos con los más variados instrumentos y lograr interpretar, en perfecta armonía, una complicada composición, con maestría y sensibilidad. Los seres humanos podemos hacer obras sublimes, o caer en los abismos más infames.

Al finalizar el concierto, después de una buena sesión de aplausos me acerqué, junto a muchos otros, a felicitar a Antonio José y ver de cerca al que se está convirtiendo en un auténtico genio de la música: un hombre de presencia sencilla pero firme, gafas redondas con pinta de intelectual y cara de buena persona. Le felicité, nos estrechamos la mano y cruzamos miradas limpias y sinceras. En la mirada reflejamos lo que somos, solo en un instante puedes tener un contacto profundo con una persona. La tarde había sido una grata sorpresa, pero al ir saliendo la gente del teatro se me desvaneció el optimismo cuando volví a detectar un cierto ambiente turbado, aún en medio de una aparente normalidad, con ese nerviosismo silencioso que no presagia nada bueno. Además, observar complicidades entre grupitos que hablaban con demasiado secretismo no ayudaba mucho a relajarse y optar por la tranquilidad. Nunca estoy seguro de si tengo un sexto sentido para revelar mundos ocultos, lo que nadie ve, o solo se trata de mi mente obsesiva que va siempre demasiado deprisa. Conocía a algunas personas en Burgos, pero no reconocí a nadie, el mes de julio es una fecha poco dada a encuentros. Me apresuré a llegar a la pensión, y a tratar de olvidar las preocupaciones, cenar deprisa e intentar ir a la cama para estar entero al día siguiente. La inquietud es muy cansina, te

agota más que una jornada de duro trabajo.

Me costó coger el sueño y me desperté un montón de veces, no acababa de centrarme. Cuando ya había caído cae bien dormido, y en plena noche, me despertó Paco, el dueño de la pensión, zaran-deándome y dándome un buen susto.

—Despierta Julián, despierta.

—¿Qué pasa?, aún es de noche, ¿Qué hora es?.

—Son las cinco y media, y los militares se han sublevado, han salido de los cuarteles, dando armas a los falangistas y han comenzado a ocupar la ciudad, con el apoyo de la Guardia Civil y la Guardia de Asalto. Están haciendo detenciones, esto tiene muy mala pinta. Aquí no estás seguro, no tardaran en venir a por mí, y esta pensión será sospechosa de alojar gente de izquierdas. Hay al lado acaban de ocupar la Casa del Pueblo de la UGT, suerte que no había nadie dentro.

Estaba perplejo, no podía pensar con claridad. A pesar de que algo parecido podría suceder, me cogió totalmente desprevenido. Lo primero que pensé es que la República estaba en peligro y podíamos retroceder otra vez, la misma pesadilla de siempre en este país cuando se intenta salir del dominio de caciques y militares.

—Tienes que salir de aquí —dijo Paco—, hay un almacén a la vuelta de la esquina que es de un amigo y de momento puede ser un sitio seguro, y se puede entrar desde el patio trasero sin salir a la calle, lo tengo preparado desde hace días como una vía de escape por si las cosas se ponían mal.

Recogí todo en mi pequeña mochila y en unos minutos estábamos en el almacén, un viejo edificio, no muy grande, lleno de sacos de trigo y patatas y un montón de trastos, con olor a cerrado. Paco me dejó y quedamos que volvería en cuanto pudiera y se enterara bien de lo que estaba pasando. Me senté en una banqueta a esperar y a tratar de decidir qué era lo mejor que podía hacer. A medida que despuntaba el día y la luz se filtraba por unos pequeños ventanales a tres metros de altura, se me iban despejando las ideas, había que actuar con sensatez, sin precipitarse, y sin caer en el pánico. Decidí que iría a la estación a coger el tren que salía a media mañana, como cualquier otra persona que ahora en el mes de julio estaba de viaje, con naturalidad, sin levantar sospechas, además llevaba un documento que acreditaba que era de Salamanca y trabajaba en la

Universidad. Volvió Paco entrando con sigilo desde el patio trasero del almacén.

—La situación se está poniendo muy fea —dijo, con una alarmante expresión en su cara—. Un piquete de infantería recorre las calles de la ciudad proclamando el estado de guerra, leyendo un bando del General Mola, que se ha hecho cargo de la VI División Orgánica. Nada dicen del General Batet, parece que lo han sustituido. Han tomado posiciones por todas partes, hasta han emplazado dos piezas de artillería enfrente del Palacio de la Diputación. Grupos de falangistas, ayudados por la Guardia Civil están deteniendo a todas las personas de izquierdas que pueden, a uno le han pegado un tiro en plena calle por resistirse. Los militares se han sublevado por toda España, no sabemos que pasa por otras partes, pero aquí no hay manera de pararlos, son demasiados, y no tenemos armas.

Me quede sin palabras, pero reaccione enseguida.

—Gracias por todo —dije—, te estas poniendo en riesgo por mí, yendo y viniendo. Creo que voy a tratar de salir de la ciudad en tren, en Salamanca estaré en casa y no creo que nadie allí tenga nada en contra mía.

—Sí no eres de ningún partido supongo que esto no te afectará, pero yo no fiaría mucho, aún no sabemos el calado que tiene este golpe de estado, ni las intenciones de los fascistas; en Italia y Alemania han sido unos asesinos despiadados. En fin, tú decides, si permaneces oculto y te descubren puede ser mucho peor.

Quede de acuerdo con Paco que saldría hacia la estación de tren en un par de horas, ya cuando la gente se mueva para ir a la misa dominical, y así perderme un poco entre la multitud. Nos despedimos con un fuerte abrazo, y nos deseamos suerte.

Salí del almacén cuando comprobé que nadie pasaba o miraba. Las calles estaban casi desiertas, había poca gente que iba a misa, y cada poco rato pasaba un grupo de soldados bien armados que parecían patrullar solo para imponer respeto. No tenía muy claro si llevar mi pequeña mochila era buena idea, porque puede llamar un poco la atención, pero ira coger un tren sin nada de equipaje todavía iba a ser más raro al llegar a la estación.

Llegué al puente para cruzar el río Arlanzón, y había una especie de control de militares con una valla improvisada y una decena de soldados. Al llegar se me acercó uno con cara de inquisidor, y otro

me apuntó al pecho con su fusil.

—¿A dónde va usted, y que lleva en esa mochila?

—Voy a coger un tren hacia Salamanca, estaba de viaje de vacaciones y tengo que volver a casa. Pueden ver lo que llevo, simples ropas, y aquí tengo un documento que acredita lo que digo.

Las palabras me salían con asombrosa tranquilidad. Revisaron mi mochila y el papel de la Universidad se lo dieron a un cabo, porque no debían saber leer. Lo revisó con detenimiento, me miró, y me dijo que siguiera mi camino. Continué caminando tratando de disimular lo nervioso que ahora me había puesto al tomar conciencia que me acababan de apuntar con un fusil.

En pocos minutos más llegue a la estación, que también estaba tomada por el ejército. Aunque casi no había gente, parecía un día normal. Al acercarme a la zona de la taquilla de los billetes un grupo de cuatro falangistas, pertrechados con su camisa azul, con sus pistolas en la cintura y su chulería habitual, controlaban a todo el que pasaba. Tenía por delante de mí, a una pareja con un niño con dos grandes maletas y un hombre ya mayor sin equipaje. Cruzaron unas palabras con la pareja, que no llegue a entender y los dejaron pasar. Al acercarse el hombre, uno de los camisas azules le reconoció, sacó su pistola apuntándole a la cabeza, y le detuvieron con brusquedad. Se acercaron tres soldados y se lo llevaron, todo en cuestión de segundos. Volvieron los nervios, me costaba respirar.

—¿Quién es usted y que hace aquí?

—Me llamo Julián Torres, soy de Salamanca, aquí tiene un documento que lo acredita. Todo esto me ha pillado de viaje.

—Todo esto es el movimiento de liberación nacional, el nuevo amanecer —dijo uno de los falangistas con cara de perro, mientras los otros me miraban con una cara aún peor.

El que parecía el cabecilla se puso a leer mi documento de la Universidad. Al acabar me miró fijamente los ojos, como alardeando de que leía el pensamiento.

—Aquí dice que trabaja en la Universidad de Salamanca en Filosofía, donde vaguean un montón de rojos que no saben hacer nada de utilidad

—Yo no soy político, solo me dedico a hacer mi trabajo.

—¿No eres político?, pero sabes cantar “el cara al sol”, ¿Verdad?. Canta, cántalo, ¡ya!.

Estaba extremadamente nervioso, estar delante de estos energúmenos con pistolas me ponía los pelos de punta. Comencé a balbucear, más que cantar:

“Cara al sol con la camisa nueva, que tú bordaste rojo ayer...”

No me sabía más, ni me salían casi las palabras. Levantaron el brazo en alto, el saludo fascista, gritando “viva España”, dos o tres veces, pero no supe reaccionar.

—No falla —dijo el más chulo de todos—, no se sabe el “cara al sol” y no reacciona a un “viva España”, no es trigo limpio, y encima algo oculta, está cagado de miedo. Que se lo lleven, y ya veremos quién es de verdad.

De inmediato se acercaron otros tres soldados y me llevaron detenido a un cuarto cercano, donde retenían al otro hombre y a otro más, se los veía totalmente hundidos. Yo no debía tener mejor presencia, muy nervioso, y perdido, literalmente perdido, sin saber que me estaba pasando, lo que era seguro es que estaba en el lugar equivocado, el día equivocado. Después de unas horas, junto a otros dos detenidos más, muy vigilados, y sin nadie atreverse a hablar, nos metieron en un camión, y en unos pocos minutos entrábamos en la cárcel de Burgos. No me lo podía creer, pero estaba sucediendo.

La prisión de Burgos era de nueva construcción. No hace mucho, tal vez dos o tres años, había leído sobre su inauguración como un ejemplo del nuevo modelo penitenciario. Creo que decían que tenía cabida para 800 o 900 reclusos. A la vez que entraba nuestro camión entraba otro lleno de detenidos. Nos iban metiendo en un patio grande muy vigilado por soldados, algunos muy jóvenes, que debían estar haciendo el servicio militar, con la mirada atenta de un grupo de falangistas, que golpeaban a todo aquel que abría la boca. Nos pusieron en una larga fila e íbamos pasando ante un funcionario de prisiones que apuntaba nuestro nombre en un libro de registro. Me quitaron la mochila, así que solo me quedé con la ropa que llevaba puesta: pantalón, camisa, una chaqueta y los zapatos. Luego nos metieron en una sala grande donde nos íbamos sentando en el suelo. La sala se iba llenando cada vez más, ya debíamos estar más de 300 hombres y solo había un cuarto con un inodoro que tenía que permanecer con la puerta abierta. Nadie hablaba, algunos llevaban moratones en la cara, el miedo y la angustia se

podía palpar con las manos.

Pasamos allí todo el día, sin comida y casi sin agua, y llegó la noche sin que nadie nos dirigiera la palabra. No recuerdo haber dormido nunca en el suelo sin una triste manta, las noches del verano burgalés suelen ser frescas. Al día siguiente seguían entrando detenidos. De vez en cuando aparecía un viejo de camisa azul con bigote y rostro de piedra, con otros dos grandullones, pronunciaba algún nombre en voz alta ante un silencio sepulcral, se acercaba el llamado, y decía solemne: “acompañenos”, y se lo llevaban sin darle explicaciones. Al mediodía nos repartieron un trozo de pan por persona, al menos los que repartían, funcionarios de prisiones, se disculpaban diciendo que la cocina estaba desbordada, cuidando que no les oyeran los vigilantes.

Ya por la tarde se acercó un militar de rango, tal vez un teniente, con varios soldados y nos dijo que iríamos pasando a un cuarto cercano para tomarnos declaración. Iban entrando y nadie volvía, por una ventana pude comprobar con discreción como a algunos los llevaban unos soldados al interior de la cárcel y a otros se los llevaban los falangistas, a empujones y con malos modos. Un par de horas después me llegó el turno. Un cuarto no muy grande, con la salida enfrente, con una mesa y dos falangistas sentados detrás, otros dos de pie y algunos soldados en un pasillo. En la mesa, haciendo de jefe, el del bigote y cara de piedra:

—¿Nombre?. Y vaya contestando rápido que no tenemos todo el día.

Le dije mi nombre y lo comprobaron en el registro, que ya tenía un montón de hojas. El cuaderno en el que ahora anotaban era distinto, me iba preguntando según el orden de las casillas: nombre y apellidos, filiación, edad, naturaleza, residencia, estado civil, profesión, número de hijos, fecha de ingreso, y un hueco que se saltaba, con las palabreas excarcelación, traslado o fallecimiento. En el margen me hicieron poner la huella dactilar untando el dedo en tinta, y al lado pude ver una casilla que se repetía en todos con lo mismo “detenido en la calle por la fuerza pública”.

—¿Quién es realmente usted y que hace fuera de Salamanca?.

—Lo dice el documento de la Universidad que me requisaron en la estación de tren. Soy profesor de Filosofía en la Universidad de Salamanca y estaba de viaje de vacaciones. Solo pretendía volver a

casa. No tengo vinculación con la política.

—Eso ya lo veremos. ¿Tiene en Salamanca algún honrado y respetable ciudadano que pueda dar cuenta de quién es usted?. Si nos oculta algo ahora luego será peor, se lo puedo asegurar.

—Pueden preguntar en la Universidad, no creo que nadie hable mal de mí.

—¿Y su familia?. Veo que no está casado ni tiene hijos.

—Mis padres murieron, y no tengo hermanos. Tengo un tío mayor que vive con su mujer, pero no tengo trato con ellos.

—¿Por qué, por las ideas políticas?. A ver si va ser que sus tíos son de derechas y no quieren saber nada de un comunista, que tanto abundan en la Universidad. Hable ahora que está a tiempo.

—Pues sí, mi tío es muy de derechas, y aunque no tengamos trato no creo que les hable mal de mí. Yo les insisto que no estoy metido en política.

—Ya se verá, permanecerá en prisión hasta que se aclare su situación. Que pase el siguiente.

Tuve la tentación de decirles que mi tío no solo era muy de derechas, sino un falangista radical, pero no era una buena idea, no nos hablamos y estamos enfrentados por lo mal que se portó con mis padres con la herencia familiar. No me fio de mi única familia, y eso es muy triste, siempre me queda un cierto sentido de culpabilidad por no arreglar nuestra relación, pero cada vez que lo he intentado hemos acabado a gritos. Por otra parte, la poca gente que conozco de Burgos son republicanos o cercanos a la izquierda. Solo me queda esperar que con quien contacten en la Universidad les de buenas referencias. Ahora me doy cuenta que firmar en algunos manifiestos no me va a ayudar, y tampoco defender a la Republica en algunas reuniones. Es el colmo, va a resultar que vivir en la legalidad se puede convertir en delito.

A los que salíamos del interrogatorio y nos dejaban en la cárcel nos iban colocando por diversas partes, todas saturadas, salas, patios, pasillos, y en algunas celdas abarrotadas a las que habían quitado las camas para tener más espacio, bien separados de los presos que ya estaban antes y seguían en sus celdas, y soldados por todas partes, paseando sus fusiles.

Pasaron varios días y la prisión se iba reorganizando. Nos serían una comida al día, si es que se podía llamar comida a un ran-

cho horrible, una especie de potaje de color marrón, unas veces de patatas con arroz, o con alubias, con mucho caldo, sin sabor, y un cacho de pan, casi siempre duro. También teníamos una manta con la que cubrírnos y no tocar el suelo. Por las mañanas te podías dar un agua por la cara en los pocos lavabos disponibles, y para lavar la ropa, un manguerazo en el patio con todo puesto, menos mal que estábamos en verano. Seguían entrando detenidos y saturando todos los espacios. De vez en cuando se llevaban a uno o a otro, nos decían que les trasladaban o los liberaban, pero por la forma en la que se los llevaban ya se intuía que los iban a “dar el paseo”. Ahora nos dejaban hablar, sin levantar mucho la voz, aunque se iba con pies de plomo, no sabías quien tenías al lado o quien estaba al acecho. No conocía a nadie y prácticamente no había hablado con nadie. Pero una de esas tardes me senté, un poco separado, junto a un hombre mayor que llevaba un buen rato cabizbajo sin levantar la vista, parecía muy hundido. Sin saber porque, tuve un impulso para dirigirme a él, un simple arranque de humanidad.

—Hola, soy Julián, no pierdas la esperanza.

—Me llamo Quintín —dijo levantando la vista y mirándome a los ojos—, y mi esperanza va a durar el tiempo que tarden en tomar referencias y asegurarse de quien soy.

Tenía una mirada limpia y no ocultaba ningún miedo. Su cara delataba una edad avanzada, aunque sus arrugas eran suaves, casi dulces, reflejaba esa belleza que da la edad cuando se trata bien a la vida.

—¿Tan mal lo tienes?.

—Soy maestro de un pequeño pueblo del norte de la provincia. Para el alcalde, un caciquillo de pueblo, soy un cretino, y el cura me odia a muerte, porque enseño a pensar a los niños y no les puede meter el veneno del pecado y sus temores miserables. Es el sacerdote más infame que he conocido nunca. Mi hijo y su mujer, recién casados, han tenido que escapar como unos furtivos y no sé nada de ellos. Están fusilando a la gente sin piedad. Ya ves mis esperanzas. Me hubiera gustado envejecer viendo crecer a mis nietos que nunca conoceré. Pero ya he vivido una larga y buena vida, y tu aún eres muy joven, debes tener la edad de mi hijo, vuestro futuro si me entristece.

No sabía que decir, no era momento para ser cínico y quitar el

hierro a la situación, y más aun estando encerrados con un futuro incierto.

—No acabo de comprender que fijación tienen los fascistas con los maestros —dije sin querer ser condescendiente—, quieren construir una sociedad de incultos y de esclavos, volvemos a la edad media.

—Volvemos a la prehistoria, la edad media no fue tan mala como nos quieren hacer creer, y ni siquiera la prehistoria fue peor que lo que tratan de crear. He llegado esta mañana y es la primera vez que piso una cárcel, pero no tardare en salir, la única libertad que me queda es la más grande, la de encontrarme con Dios. Ya ves, soy cristiano, aunque me repugne una parte de la iglesia, verdaderos hijos del mal. El Dios verdadero está de parte de los que luchan contra la injusticia, contra la pobreza y la opresión de los terratenientes. A la pobre República casi no la han dado tiempo de educar a sus hijos. Había creído que en pocos años todo el mundo acabaría por saber, cuando menos a leer y escribir. Yo tengo la conciencia tranquila, he hecho todo lo que he podido.

—Yo también estoy muy comprometido con esa causa. Iba a la Casa del Pueblo en mi Salamanca natal para dar clases a los adultos, y ponían mucho interés, pero aún espero que esta sublevación les salga mal y las aguas vuelvan a su cauce.

—Dios te oiga, y espero que tú tengas suerte, nunca sabes lo que el destino te tiene reservado, soy pesimista conmigo y con lo que está pasando, pero contigo voy a hacer una excepción, algo me dice que vas a salir de esta.

Qué curioso, le trataba de dar esperanzas y me las estaba dando a mí. En medio de tanta tensión, con la vida colgada de un hilo, aún quedaba alguien mirando de frente a su inminente destino, sin miedo ni rencor, aplastado por las circunstancias, pero irradiando amor y lo más extraño, transmitiendo libertad, no de forma objetiva, algo evidente en una prisión, sino la libertad interna, de espíritu, o como quiera llamarse. Me prometí a mí mismo que pasara lo que pasara iba a mantener la dignidad, haría todo lo posible por salvar la vida, quería vivir, anhelaba vivir, pero no a costa de arrastrarme como un gusano, y si acababa fusilado no iba a zambullirme en el odio y morir de forma mezquina y cobarde, y al menos descubriría lo que hay después de la muerte. No tenía una creencia en Dios o en

la religión, pero me era evidente que tenía que haber algo que diera sentido a la vida, no tenía lógica que toda la complejidad del Universo fuera fruto de la casualidad. No me gusta sacar conclusiones sin una base sólida, por lo que dejaba un hueco, una expectativa en mi mente, que esperaba rellenar, quizá con la sabiduría de la edad avanzada. Por algún inexplicable motivo siempre he creído que las respuestas las encontraría cuando saliera de este loco mundo por las puertas de la muerte.

Solo unas horas más tarde oí que llamaban a Quintín, aunque no entendí los apellidos. Estaba un poco alejado, pero me acerqué sin llamar la atención. Paso al lado mío y cruzamos una mirada fugaz, pero con tiempo suficiente para que me guiñará un ojo y me regalara una sonrisa silenciosa. Me quedé helado en medio de un atardecer caluroso. Aquí la vida no valía nada, nunca había reflexionado sobre lo efímero que puede ser todo y esa vida da un vuelco cuando menos lo esperas, y no se la valora hasta que estas en peligro, a punto de perderla. Si salía de esta, no volvería nunca a perder el tiempo, aprovecharía cada minuto, cada segundo, tenía tantas cosas por hacer, tanto por descubrir y experimentar. Quintín salió, pero no al interior de la prisión, se lo llevaban los camisas azules, con paso prepotente, limpios e impecables, pero solo era la cascara que ocultaba su suciedad, manchados de sangre inocente hasta en su corazón de carbón.

Seguían pasando los días sobreviviendo en condiciones miserables tratados como animales, no acababa de quitarme el peso de la tristeza, la desazón por no saber cual era el siguiente paso, y ese desasosiego estaba en el aire, nos los contagiábamos unos a otros solo con respirar. La cárcel estaba totalmente abarrotada, a veces jugaba a calcular la población recluida considerando los que estábamos en cada espacio y el volumen aproximado de la prisión, que iba conociendo mejor, ya que a menudo nos cambiaban para evitar formar grupos. Cuando llegaba a los mil, me detenía, pero éramos muchos más, no sé por qué me entretenía con un pasatiempo tan masoquista. La vigilancia había cambiado, ya no se veían tantos militares, y a muchos funcionarios de prisiones no se los había vuelto a ver, seguro que entre ellos también se estaban haciendo depuraciones, aun así eran los más amables, si es que quedaba algo de amabilidad en aquel agujero yermo de humanidad. En su lugar

aparecían falangistas y supuesta gente de derechas, pero de edades un tanto avanzadas. Algunos las llamaban “las amas secas”, porque no estaban en primera línea de una lucha de la que se sabía muy poco, o tal vez de la caza insaciable de los rojos y antipatriotas. Eran serios y duros, pero no tenían la crueldad de los falangistas jóvenes. La juventud no es precisamente la mejor edad para el respeto y la tolerancia. En cualquier caso, el control de los presos era total. Tenían instaladas ametralladoras en puntos estratégicos, algunas bien disimuladas, y las rondas de soldados eran continuas.

No podías hacer otra cosa que caminar por el patio de la cárcel de un lado a otro para no pensar, nos dejaban porque no tenían donde meter a tanta gente. Entre las caras abatidas me fijé en un hombre joven que me era familiar, menudo, con gafitas redondas, Antonio José, no me lo podía creer. Hace unos pocos días la alta y elitista sociedad burgalesa le colmó de aplausos, y ahora caminaba medio perdido por una prisión aterrorizada. Que yo sepa era una persona apolítica. Me acerque a él intrigado por tanto despropósito.

—Hola Antonio José, no me conoces, me acerque a felicitarte en el concierto del día 18. ¿Qué está pasando?, ¿Qué haces aquí?, ¿Qué locura se está desatando para atropellar también a la música?.

—Hola, ya te recuerdo, no tengo respuestas. En estos días se está perpetrando una persecución feroz contra mucha gente. Yo no soy político, no soy de izquierdas, ni de derechas y jamás he hecho mal a nadie. Supongo que esto se va a aclarar, tengo muchos amigos intentando interceder por mí. Me dicen que me están investigando por publicar artículos, que siempre han sido musicales y literarios, en revistas como *Parábola* de Eduardo de Ontañón o en *Burgos Gráfico*, en la que también colabora mi hermano Julio, que también lo han detenido, y no sé donde está. Es maestro y periodista, y miembro de la UGT de Burgos en la Asociación de Trabajadores de la Enseñanza. Se está matando a gente sin juicio ni control. Apenas puedo pensar con claridad, la crueldad me supera. Y a ti ¿Por qué te han detenido?.

—Llevo aquí más de tres semanas y solo me han hecho un interrogatorio breve. Soy de Salamanca, profesor de la Universidad, parece que están recabando información sobre mí. Estoy muy preocupado, no pertenezco a ninguna organización, ni a ningún parti-

do, pero tampoco tengo muchos contactos con gentes de derechas. Además, colaboro con programas educativos de la República y enseño a leer y a escribir en la Casa del Pueblo, lo que ahora es sospechoso, tal vez un delito. Nos invade una ola de oscuridad. No te oculto que estoy muy asustado, cada día salen presos en camiones y no vuelven. Dicen que los trasladan, pero sabemos que los están fusilando.

—Esta locura se tiene que detener —dijo Antonio José con un convencimiento forzado—, los falangistas, protegidos por el ejército, están haciendo todo tipo de desmanes. Espero que se imponga el orden y vuelva la cordura. Ten fe, a la gente no se la puede asesinar impunemente.

—Te agradezco tus palabras sensatas. No te quiero inquietar, pero no solo se llevan a militantes destacados de partidos de izquierda o sindicatos, también desaparecen maestros y gente de la cultura. Creo que están dispuestos a arrasar todo lo que tenga que ver con la República. Son una banda de asesinos sedientos de venganza y ni siquiera deben saber por qué. Ojalá tengas razón y se acabe este desatino, pero las consecuencias de lo que está pasando van a ser terribles. ¿Sabes algo de lo que pasa en otras partes?.

—La guerra civil parece imparable —continuó Antonio José—. El levantamiento militar ha fracasado en Madrid y Barcelona y en más de media España. Castilla, Galicia, Baleares y Canarias están en zona sublevada. El ejército de África ha pasado a la península y hay fuertes combates en el Sur y también cerca de Madrid; se están creando distintos frentes. En las zonas sublevadas se persiguen a las gentes de izquierdas y en las otras hay muchas zonas controladas por milicias anarquistas, socialistas y comunistas, y creo que están persiguiendo a la gente de derechas. No te puedes fiar mucho de las noticias, pero parece que todos han decidido que matar es la solución. Siento una profunda tristeza que me oprime el pecho y no acierto a ordenar mis ideas.

—Antonio José, hay quien está observando todo lo que hacemos, creo que es mejor que no te vean mucho conmigo. Sí van a por mí te va a perjudicar. Espero que tengamos suerte y salgamos de esta.

Parecía que Antonio José tenía que hacer un esfuerzo para hablar, asintió con la cabeza. Nos dimos un fuerte apretón de manos

tapándolo con nuestros cuerpos y nos mezclamos entre los demás presos de mirada perdida. Se respiraba el miedo y la incertidumbre. Estábamos en el peor lugar del mundo, en el peor momento, a las mismas puertas del infierno.

Tenía muy pocas conversaciones, no era muy inteligente hablar con gente que podía estar infiltrada haciéndose pasar por represaliado para recabar información. Pasó otro día más, que cada vez se me hacía más insoportable. No entendía como tardaban tanto en investigarme, supongo que estaban desbordados, y puede que en Salamanca estuviera pasando lo mismo. Las condiciones eran penosas, durmiendo en el suelo, sin casi higiene, y con una comida infame que no merecía ni tener nombre y encima escasa, irrisoria, una sola vez al día. Nunca había pasado hambre, y era una sensación demoledora, comenzaba a comprender el dolor de tanta gente que pasa hambre en el mundo, las cosas solo se entienden de verdad cuando te pasan a ti mismo.

En uno de esos paseos por el patio me encontré a Rafael, el amigo de Antonio Benaiges que nos facilitó el transporte el día que me fui. Nos miramos con sorpresa, y con dolor contenido.

—También a ti te han detenido —me dijo Rafael—, no tienen freno, están desbocados. Te tengo que contar algo horrible, pero vamos a sentarnos en un aparte, como si fuera una coincidencia.

Ambos caminamos entre la gente y nos fuimos a sentar en un lado del patio, en el suelo como de costumbre. Espere a que hablara con el corazón encogido, me vino a la mente la imagen de Antonio, y en ese momento odie ser intuitivo.

—Te lo voy a decir sin medias tintas, han asesinado a Antonio con una crueldad extrema. Ha sido uno de los primeros asesinados por esta horda de canallas.

A pesar de esperarlo, me quede petrificado.

—Lo detuvieron los falangistas el mismo día de la sublevación —continuo Rafael—, el 19 por la mañana, en la Casa del Pueblo de Briviesca que, ingenuamente, él y algunos otros creían poder defender. Le dieron una paliza terrible, delante de sus compañeros. Le querían hacer decir “Viva España”, pero decía “Viva la República” y cada vez que lo hacía le pegaban un culatazo de fusil en la boca. Ya sabes como era Antonio, impulsivo y apasionado, nunca sumiso, y lo pago muy caro. Lo pasearon por todo Briviesca, en una camione-

ta, atado y semidesnudo, ensangrentado, con los dientes y la cara destrozados, tocando la bocina para que todo el mundo viera lo que les pasa a los rojos. El pueblo estaba aterrorizado, mientras los desgraciados fascistas alardeaban de su acto cobarde, amparados en sus armas. Esa misma noche lo mataron y lo enterraron por algún lugar del monte. Siento tener que decirte esto, yo todavía estoy destrozado, jamás podría imaginar lo que puede hacer la maldad de los hombres.

No pude evitar que las lágrimas me cayeran por la cara y también Rafael derramaba las suyas. Hubiera deseado estallar a llorar pero me contuve y comencé a pensar en la tragedia que suponía destruir a un ser como Antonio Benaiges, no solo por un crimen tan espantoso, sino también por la pérdida de una persona íntegra y honesta, por el final de un genial maestro, de un espíritu libre, y el ocaso de la ilusión de una nueva España, arrasada por la ignorancia y la barbarie. Los niños de Bañuelos de Bureba ya no conocerían el mar, y yo no volvería a ver a mi entrañable amigo. Traté de recuperar la compostura interna, en mi exterior disimulaba mi dolor.

—En Briviesca, está habiendo una represión feroz, sin medida—siguió Rafael, secando sus lágrimas con la manga de su camisa—, han detenido a más de 200 personas, casi todo hombres y a muchos ya los han fusilado. Los llevan por la mañana temprano al monte de la Pedraja, cerca del pueblo de Villafranca Montes de Oca. A mí me detuvieron anteayer, me iba ocultando por distintos sitios, pero si no me entregaba harían daño a mi familia y me entregue, no podría vivir si le pasa algo a mi mujer o a mis hijos. Algunos querían fusilarme de inmediato, ya sabes que soy el presidente de la Agrupación Socialista de Briviesca, pero tengo mucha relación con gentes de derechas influyentes, por la fábrica de yeso y como contratista de obras públicas, he hecho muchos favores, y no se han atrevido conmigo, pero se han lavado las manos como Pilatos y me envían a la capital para que se encarguen otros. Hay gente intentando avalarme, pero después de todo lo que voy viendo, incluso con personas menos comprometidas que yo, tengo muy claro que mis días están contados. Pero como se suele decir, la esperanza es lo último que se pierde.

Me volvía a sorprender la entereza de Rafael, me parece heroico enfrentarse a la mismísima muerte con la frente alta. No sé si yo

estaré a la altura, según lo que les llegue de Salamanca me puede pasar cualquier cosa. Pero mi cabeza volvía a despejarse.

—¿Qué sabes de lo que está pasando por otras partes?, —dije—, aquí no nos estamos enterando de casi nada.

—Estamos en plena guerra civil. La sublevación militar estalló primero en África el día 18 y luego por toda España el 19. Casi todo el ejército se levantó en armas y se las facilitaron también a los falangistas y otros grupos radicales de extrema derecha, e hizo lo mismo la mayor parte de la Guardia Civil y una parte de los Guardias de Asalto. La República se quedó de repente sin ejército y sin casi policía, pero el pueblo ha reaccionado de inmediato, con los anarquistas de la CNT y los socialistas de la UGT al frente y con todos los demás partidos de izquierda y los nacionalistas vascos y catalanes, y pararon la sublevación en Madrid y Barcelona y en la mayor parte de las grandes ciudades y son ellos los que han tomado el poder. Se está produciendo toda una revolución que no es nada fácil de entender, mientras la República se trata de recomponer. El país está dividido en dos. Para que te hagas una idea general, por una parte, la zona sublevada, que se hacen llamar nacionales y patriotas, como si los demás no tuviéramos nación ni patria. Esa zona nacional coge Castilla, Galicia, parte la cornisa cantábrica y de Aragón, Navarra y parte de Andalucía, y también las islas Baleares y Canarias. La parte aún republicana, si es lo que acaba siendo después del movimiento revolucionario, coge el resto de España, Asturias y el País Vasco, parte de Aragón, Cataluña y toda la franja mediterránea y una amplia zona en el centro. Hay fuertes combates por todos los frentes que están en continuo movimiento. El ejército cruzó desde África ayudado por aviones alemanes, y van avanzando por el Sur y tratan de cercar Madrid. De Barcelona han salido columnas anarquistas y del PSUC que tratan de liberar Huesca y Zaragoza. Es todo muy confuso, todo esto lo vamos escuchando por la radio, nadie sabe del todo bien que es lo que está pasando. Aquí en Burgos el golpe en la madrugada del día 19 se adelantó unas horas a las otras unidades sublevadas de la península, por eso nos pilló aún más de sorpresa. Al General Batet, el jefe de la VI División Orgánica, le arrestaron sus oficiales, ha sido el único jefe de División que ha permanecido fiel a la República. El mando en su lugar lo ha tomado el General Mola desde Pamplona, el peor de todos los

golpistas, ha lanzado una mensaje que hemos interceptado y literalmente dice: *“Hay que sembrar el terror..., eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros”*. En esta cárcel a los presos de derechas que permanecían condenados y pendientes de juicios les han soltado a todos, y esos son los que tienen más sed de venganza. Se está desencadenando una matanza sin precedentes que destroza familias enteras.

Nos quedamos un rato en silencio, no se me ocurría nada que decir. Me venía la imagen del asesinato de Antonio y me volvían a correr las lágrimas por la mejilla, y encima contagiaba a Rafael, que arrastraba un dolor mayor que el mío.

—¿Tu como lo tienes? —preguntó Rafael, un poco extrañado de que estuviera aquí.

—Me detuvieron el día de la sublevación, sospecharon de mí al querer coger un tren en la estación, me puse nervioso y no estuve acertado al contestar sus preguntas. Están esperando informes sobre mí de Salamanca y eso me mantiene en una inquietud permanente. En la Universidad hay buena gente, pero también hay algunos indeseables. No soy militante de ningún partido, pero no he ocultado mi apoyo a la República. Me paso el día medio asustado con algún que otro brote esporádico de optimismo, y cada día que pasa me desmoraliza más el trato degradante que nos dan, y ver como dan palizas y se llevan a la gente a fusilar.

—Bueno, aún puedes salir bien parado —dijo Rafael—. No te puedes derrumbar, hazlo al menos en honor a la memoria y al valor de Antonio. Yo estoy más que fichado, hay ojos por todas partes y es mejor que no nos vean juntos, seguro que te va a perjudicar.

Aquellas palabras me llenaron de entereza. Nos separamos deseándonos suerte y con la falsa esperanza de que nos veríamos pronto, tomando unos vinos, y charlando en libertad. Pero a medida que nos alejábamos por el patio sentía una soledad inmensa, una losa demoledora que me aplastaba y hasta me costaba respirar. Nunca se me podría haber pasado por la imaginación que iba a acabar en una prisión, con riesgo de ser fusilado, sin haber cometido ningún delito, ni haber hecho el menor mal a nadie. Me desesperaba estar viviendo en primera persona el desmoronamiento de mi país y ver a la maldad campeando a sus anchas. No tuve que esperar mucho para clarificar mi destino, ese mismo día pronunciaron

mi nombre.

Dos falangistas me llevaban a uno de los cuartos donde interrogaban y golpeaban a los presos, y la mayor parte no volvía. No tenía miedo, intentaría defenderme con mis mejores palabras, me había desaparecido el desasosiego, yo era el primer sorprendido.

—Vaya ¿A quién tenemos aquí?. Julián Torres, mira lo que nos dicen desde Salamanca —dijo el viejo camisa azul de bigotes del primer interrogatorio, con tono de reproche—, ya le advertí que era mejor decir la verdad, a nosotros no nos la pega nadie.

Una punzada se me hincó en el estómago, un síntoma evidente de que estaba en peligro, Me colocaron de pie delante del viejo, que estaba sentado detrás de una mesa con unos papeles en la mano. A cada lado dos tipos enormes me miraban con atención y con desprecio.

—Tenemos tres testimonios —continuo el interrogador—, que nos aseguran que estamos ante una persona vinculada con los rojos más indeseables de la Universidad.

—¿Quién dice eso? —pregunte con indignación.

Un fuerte bofetón con la mano al revés, de uno de los que tenía al lado, me partió el labio y comencé a sangrar.

—Habla cuando se te pregunte —dijo el matón que me había golpeado.

—No es asunto suyo saber quién ha informado. —siguió el viejo—. También sabemos que es un asiduo de la Casa del Pueblo, y además su tío, por cierto, un buen patriota, dice que hagamos lo que tengamos que hacer, que no avala a un desgraciado como usted. Ni en su familia le aprecian, esa es la mejor prueba de su calaña. Si tiene algo que alegar dígalo ahora.

—No pertenezco a ningún partido ni organización, aunque me relacione con todo el mundo, sean de izquierdas o de derechas. Voy a la Casa del Pueblo a enseñar a leer y a escribir. No sabía que esas cosas ahora se consideran un terrible delito como para estar encarcelado tratado como un animal.

Me propinaron un puñetazo por cada lado, uno en la tripa, que me cortó la respiración y otro en la cara que me tiro por el suelo. Sangraba por la nariz y por una ceja abierta. Uno de ellos me levantó agarrándome por los pelos. Seguía sorprendido por no estar cagado de miedo. El viejo del bigote se puso en pie y sentenció con

solemnidad:

—Encima de rojo asqueroso, con soberbia. Llevároslo a la celda y que salga con el viaje de mañana.

Me quedó claro que mañana me iban a fusilar. No acababa de asimilar que unos ignorantes sin escrúpulos pudieran disponer de la vida de los demás a sus anchas. Una ola de indignación corrió por todo mi ser y me lancé a decir con rabia:

—Solo sois una banda de asesinos cobardes. Cuando lleguéis a ese juicio final vuestro, podéis estar seguros que arderéis en el infierno

Ahora los golpes me llovían por todas partes, caí al suelo y siguieron con patadas, solo pude cubrirme con los brazos.

—No perdamos más el tiempo —dijo el viejo—. Llevaros a este desgraciado y traer a al siguiente.

Me llevaron a rastras hasta una celda al final de un pasillo, y de un empujón, me arrojaron dentro. Quedé tendido en el suelo y perdí el conocimiento.

Recobré el sentido sin saber cuánto tiempo había pasado. Me dolía todo el cuerpo. Estaba recostado en un lado de la celda con mi cabeza sobre una manta. Mire alrededor, era un amplio espacio, al que le llegaba una luz escasa desde una pequeña ventana elevada. No había camas, solo un montón de presos sentados o tumbados en el suelo, tal vez 20 o 25 personas abatidas, muchas de ellas con moratones y marcas en la cara. Alguno se había tomado la molestia de ayudarme y ponerme una manta de almohada. Me reincorporé y traté de comprobar si además de dolores tenía roto algún hueso, no lo parecía. Mi cabeza volvía a funcionar y tome conciencia de mi precaria situación, con la paradoja de la preocupación por las lesiones del cuerpo, cuando en unas horas lo iban a destruir. Pensé en quien habría dado informaciones contra mí, y no se me ocurría nadie, lo que era evidente es que debajo de la aparente educación de mucha gente se esconde una falsedad detestable. Pero aún era peor la miserable actitud de mi tío, a pesar de nuestras diferencias, me costaba entender que me abandonara a la muerte, era su retorcida venganza porque mis padres no permitieron que mangoneara la herencia de los abuelos, otro que vivía en su particular infierno.

—Vaya, ya vuelves en sí —dijo el hombre que tenía al lado ba-

jando mucho la voz—. Me llamo Teo, te han dado una buena estos cabrones.

—Me llamo Julián, supongo que tú me has puesto la manta, gracias, últimamente no es fácil encontrar buenos modales.

—De nada, estaría encantado de invitarte a un buen vino, pero ya nos ves. Supongo que ya te imaginas lo que nos tienen preparado para mañana —dijo bajando aún más la voz para que nadie nos escuchara—, estaríamos en capilla si fuéramos meapilas como ellos.

—Ya sé lo que hacen estos asesinos, y lo que nos espera, aunque aún no me acabo de creer lo que está pasando —dije también en voz baja—, pero te veo muy entero, ¿Cuál es tu secreto?.

—Nada se puede dar por perdido antes de tiempo. Nos llevarán a fusilar en grupo y hasta el último momento puede haber una mínima oportunidad. Tú no pareces estar agarrotado de miedo como los demás. Puede que nos esposen por parejas y somos muchos, espero que seas bueno corriendo si llega el caso. Mañana permanece a mi lado y bien atento, y confía en la suerte, igual viene de cara. Intenta dormir todo lo que puedas, si llegamos a tener alguna ocasión más vale que estés todo lo descansado posible.

No me costó nada caer rendido, de puro agotamiento, al menos los golpes me iban a ayudar a olvidarme de esta pesadilla. Ningún sueño, por horrible que fuera, sería peor que esta realidad.

A la mañana siguiente, nos levantaron de madrugada, nos hicieron poner en fila y al salir a un patio nos esperaban dos camiones del ejército y un par de coches con el yugo y las flechas de falange, y un montón de soldados y camisetas azules, muchos apuntándonos con fusiles y pistolas. Como dijo Teo, iban poniendo una esposa cada dos personas, así subieron a la mitad de presos al primer camión, con varios militares armados en la parte trasera, y a un par de parejas al segundo, pero ya no tenían más esposas, parece que hoy tenían más trabajo de lo habitual. Oí al falangista que estaba al mando, también con bigote y mala leche, aunque más joven que el interrogador, echar la bronca a otros dos, que parecían temerle, y también decir a los conductores, como en un aparte, que un camión iba para Estepar y otro para La Pedraja. Subimos al segundo camión, apuntados por varias armas y cuando iban a subir los tres

últimos, uno de ellos entró en un ataque de pánico y comenzó a gritar que se equivocaban, que estaban cometiendo un tremendo error con él, y empujó a un soldado que tenía al lado y le tiró al suelo, al mismo tiempo que un falangista le apuntaba a la cabeza con su pistola y le descerrajaba un tiro a bocajarro.

Cayó desplomado, inerte, como un muñeco de trapo. Me fijé en sus ojos perdidos y en la fragilidad de un cuerpo al que se retiraba la vida con tanta facilidad. Sin embargo, un aura de luces se dibujaba a su alrededor y se dirigían a un punto un poco más elevado donde se abría un canal luminoso, de una belleza extraordinaria, con una fuerza de atracción irresistible. Dirigí toda mi atención a ese canal olvidándome de todo, de mí mismo y de mi entorno y me dispuse a penetrar de lleno en ese espacio indescriptible de pura luz, cuando un chasquido me trasladó en un instante a otra realidad que me era muy familiar.

\*\*\*\*\*

*—No puedes seguir en el Registro Akáshico el proceso de una muerte que no fue la tuya. No tienes autorización para trascender ese nivel y al intentarlo salta la conciencia y te saca del registro.*

Reconocí de inmediato esa voz inaudible que me llenaba de paz y confianza. Volví a percibir la liberación de estar fuera del cuerpo, que permanecía bien dormido en un albergue del Camino de Santiago. Había profundizado tanto en la experiencia de la vida pasada que volvía a revivirla con toda su intensidad, en unos momentos de intensa dureza. Sin embargo, era alentador descubrir que había actuado con dignidad y valentía ante una prueba enorme, y que no me doblegaba el odio y el rencor.

*—En este plano no encontraras limitaciones que pertenecen a los tres mundos del plano objetivo, no hay cuerpo físico, ni emociones, ni mente, solo conciencia y luz. Las consultas en el Registro Akáshico conciernen solo a lo vivido en una determinada reencarnación y allí seguirán eternamente grabadas. Se corresponden con exactitud con los sucesos de ese tramo minúsculo de tu larga historia evolutiva. Cada vida queda registrada en las coor-*

*denadas físicas en las que se desarrolló, por eso su revisión está limitada a esos parámetros. Cuando estás en este mundo, todas las vivencias objetivas parecen sueños, y lo son, pero solo desde una visión iluminada libre de vehículos de manifestación objetiva. Lo que sucede en este plano no necesita ser registrado, se conoce con plenitud transparente, en este eterno ahora que trasciende el tiempo.*

Tenía la certeza de que exploraba el Registro Akáshico sin ningún atisbo de curiosidad, sino simplemente por ser el momento adecuado y disponer del grado de intuición necesario para alcanzar comprensiones que a su debido tiempo se precipitarían en mi actual vida física. No había nada que analizar, eso era un hábito cerebral que aquí no tenía cabida

Mi vehículo físico estaba a punto de salir del sueño y me llamaba de vuelta.

## II. Camino de Santiago, Ruesta.

Tan pronto como se empezó a ver algo de la luz del amanecer salí de Jaca en dirección al pequeño pueblo de Arrés. Era una estu- penda mañana, un poco fresca, pero ideal para mover las piernas. En la guía ya se advertía que algunos tramos eran andaderos junto a la carretera, que no suelen ser del agrado de caminantes, pero yo encontraba su encanto. Los coches circulaban imbuidos en sus mundos mientras caminaba al margen, absorta, como si otra di- mensión mágica se abriera junto a una simple carretera.

Me había imaginado, los días previos al comienzo del camino, la libertad que sentiría al no tener que hacer nada más que caminar, pero me había quedado corta. Tomar conciencia que tienes por de- lante un día sin obligaciones, sin que el tiempo te presione, y que la vida se abre ante ti sin exigirte nada, es una maravilla, un privi- legio, la forma más sencilla de enfocar la existencia. Pensaba en la cantidad de motivos que nos creamos para estar ocupados con mil cosas y pensar en otras mil más, y como se nos escapa de las manos la singularidad de cada instante. Que fácil resultaba todo dando un paso detrás de otro sin ninguna prisa, y con lo que me gusta reflexionar, iba a ser un viaje para no olvidar.

Un desvío marcaba hacia el antiguo Monasterio de San Juan de la Peña, lleno de historia y leyendas, pero no lo seguí porque la etapa sería demasiado larga, aun así, van a ser más de veinticinco kilómetros, hay que dejar bellezas pendientes para nuevas ocasio- nes.

Después de pasar por el pueblo de Santa Cilia, de más andade- ros y de una peculiar senda con montoncitos de piedras entre árbo- les, se llega al pueblo de Puente La Reina, en realidad unas cuantas casas al lado de un largo puente de arcos sobre el río Aragón, que da su nombre a la villa, Puente La Reina de Jaca, que a menudo se confunde con Puente la Reina de Navarra en la otra variante del camino francés a la que llegaré en tres o cuatro jornadas. No me ha- bía cruzado con peregrinos, solo acerté a ver a dos muy por delante de mí, pero los acabe perdiendo de vista.

Me paré a comer un bocadillo al mediodía a orillas del río, que nace en las cercanas montañas del Pirineo y venía con un buen cau- dal de agua de deshielo, transparente y muy fría, una corriente de

vitalidad renovada en continuo cambio. El lugar era perfecto para echar una cabezada arropada por el murmullo de las aguas, una melodía natural idónea para caer en dulces sueños. Al cabo de un rato desperté con una sensación de frío, muy propia al estar en la ribera de un río, hasta las mejores siestas tienen sus pegas.

Para llegar al albergue de Arrés, final de jornada, quedan cuatro kilómetros de subida prolongada por un caminito estrecho entre matas y matojos, que poco a poco te va elevando sobre el horizonte, dejando a la vista un bello paisaje, con las majestuosas montañas al fondo, en las que todavía se ven sus partes altas y sus cumbres manchadas de blanco. Aunque el día no es muy caluroso, el esfuerzo y las piernas cansadas empiezan a pesar, y cuando a lo lejos ya se ve el pueblo se hace pesado el último tramo, parece que nunca se acaba.

Llegar a la pequeña localidad de Arrés por esta senda te sitúa en tiempos pasados. Sólidas casas de piedra en lo alto de una cresta rocosa, en la que se dibuja la torre de un viejo castillo fronterizo del Reino de Aragón, del siglo XI, que domina arrogante todo el valle. Al entrar vas directa al albergue de peregrinos “La casa de las sonrisas”, en el que con una calurosa acogida me reciben una alegre pareja de hospitaleros, sentados junto a una mesa ofreciéndome un zumo o un vaso de agua fresca.

—Bienvenida peregrina —me dice la amable hospitalera, con un suave acento andaluz, que a pesar de su pelo blanco y alguna arruga parece joven, y tiene el libro de registro en la mesa—. ¿A quién tenemos el gusto de conocer?

—Hola, soy Raquel, Raquel Escartín, por si lo queréis apuntar.

—Apúntate tú misma en el libro, y vas rellenando las columnas, nombre, apellidos, de dónde vienes, cuando has salido, y alguna cosa más. Aquí enseguida os ponemos a trabajar, te invitamos a compartir todo lo que hacemos. Nosotros somos de un colectivo de hospitaleros voluntarios, que estamos en periodos de quince días, y ofrecemos con gusto nuestro servicio al camino, que también hemos hecho y al que estamos muy agradecidos. El albergue es de donativo, hay una caja en el pasillo en la que se recogen las aportaciones voluntarias que cada cual considera, y si no se puede dar no pasa nada, no nos mueve el dinero sino el espíritu de fraternidad del camino, y siempre funciona, lo que se recoge hoy sirve

para abrir el albergue mañana y así sucesivamente; hasta el mismo edificio se ha construido con aportaciones de peregrinos. A las ocho habrá una cena comunitaria, como somos pocos la preparamos nosotros mismos, pero puedes luego ayudar a freagar los platos. Mañana antes de marchar preparamos el desayuno para que os vayáis con fuerzas de reserva.

En la mesa donde me apuntaba, y de paso sellé la credencial, había unos llaveros de madera de boj con el dibujo de la fecha amarilla del camino, que otro hospitalero regalaba a los peregrinos. Creía que eran pareja, pero me aclaró que era alemán y llevaba ya unos cuantos años en España. Después de una jornada caminando, que te reciban con los brazos abiertos, te produce un agradable sentimiento de hermandad y de esperanza por el futuro. Sin duda estaba en un auténtico oasis de verdaderos voluntarios, llenos de “hospitalidad”, esa especial cualidad humana para “acoger y agasajar con amabilidad y generosidad a los invitados o a los extraños”. Aquí la llevaban más lejos y la completaban con ese amor sincero que te hace estar como en tu propia casa.

El pueblo de Arrés es de una especial belleza, ubicado en la ladera de la montaña, bien orientado al Sur-Este, con preciosas casas de piedra, apretadas entre callejas estrechas, con su pequeña iglesia y la torre en lo más alto, y con extensas vistas en todas las direcciones. El albergue se había construido en piedra y madera, en la antigua escuela, repartido en tres plantas, la más alta daba a la calle de entrada y la más baja a otra inferior. Dos cuartos con literas, baños y duchas y una cocina-comedor, todo en escala reducida, pero supongo que suficiente. En la habitación voy a estar acompañada: una pareja de jóvenes catalanes, de la zona alta de Girona, de Ripoll que no tardan en decírmelo, para algunos su lugar de nacimiento es su principal seña de identidad; una mujer española, de mediana edad, del norte como dice ella, sin ocultar su acento asturiano, y un simpático francés, ya entrado en años, que habla poco y sonríe con amabilidad.

Después de la ducha, que a veces es uno de los grandes placeres de la vida, y de sentarnos un rato en tertulia en la puerta de entrada, a la espera del último peregrino que no parece llegar, los hospitaleros nos invitan a ver la iglesia y acabar junto a la torre viendo la puesta del sol que según dicen no tiene nada que envidiar a los

mejores atardeceres en el mar de la isla de Ibiza.

La iglesia de Arrés es una pequeña joya que resiste el paso de los años. Aunque no es muy antigua, del siglo XVI, con incorporaciones posteriores, tiene ese aire de lugar de culto de un pueblo antiguo y encaja con el resto de las casas que no hace mucho han sido rescatadas del abandono. Al entrar y volver la puerta de madera ajada y descolorida, el chirrido de las bisagras ya nos anuncia que damos un salto en el tiempo y entramos en una realidad paralela. A primera vista todo parece olvidado, bancos de otro siglo, paredes con antiguas pinturas desconchadas, y viejas tallas de santos; pero al ir enfocando los ojos descubres un espacio que aún conserva la energía que da solidez y misticismo al conjunto. El retablo principal orientado al Norte, tiene unas cuantas figuras entre las que me fijo en la de la derecha, Santa Águeda, la patrona de las mujeres y según nos cuentan nuestros guías también patrona de este pueblo. Se representa con los pechos cortados en un plato; hay algo macabro en la tendencia de llenar de mártires los altares, nunca me ha gustado que las ideas y las creencias se apoyen en las muertes violentas de sus defensores. A un lado del retablo se eleva un discreto púlpito de obra, que hasta parece demasiado para un espacio tan reducido. Llama la atención una pila bautismal en una sola pieza de piedra cuadrada, ya que acostumbran a ser redondas, además está medio empotrada en la pared, como si quisiera permanecer escondida. Puede que se haya ocultado ella misma en protesta porque ya no hay niños que bautizar desde hace una eternidad. En la parte Sur se sitúa un coro sobre un buen armazón de madera con un gran atril también de sólida madera, con cuatro caras donde apoyar las partituras. Es un atril solidario, como todo por aquí, los cantores iban caminando alrededor del atril y cada vez que una voz acababa su parte volvía la hoja de la partitura para que la siguiente voz pudiera seguir cantando.

El atardecer junto a la torre, en un magnífico mirador natural, superó con creces las expectativas puestas por los hospitaleros. El sol se escondía en las montañas pintando el cielo de colores rojizos y violetas, que nos dejaron a todos envueltos en calma y silencio. El crepúsculo es como una puerta abierta a otro mundo por el que se cuele una belleza desconocida, acompañada por la presencia de sutiles energías, de esas que te liberan y te llenan de una profunda

paz que no se puede describir.

La cena comunitaria en un albergue después de un largo día de ejercicio físico es siempre bien recibida, aún más cuando te la preparan con cariño y encima con buena mano. Ensalada variada, macarrones con tomate y queso, yogurt de postre, y una generosa jarra de vino en la mesa, que enseguida nos soltó la lengua, hasta con debate incluido. En un momento de silencio el joven catalán hizo un comentario:

—Me ha sorprendido ver tantas parcelas casi improductivas, de secano, con un río cerca, no me extraña que los pueblos se vayan quedando abandonados, en mi tierra...

—Ya le salió el ramalazo catalán —le cortó la asturiana—. Te has parado a pensar que no sean terrenos aptos para muchos cultivos, por la composición de la tierra, por el clima, o por cualquier otro motivo. Hay zonas con menos recursos que otras y eso no quiere decir que la gente no sepa trabajar o sean menos listos y no tengan iniciativas.

—O que la propiedad este mal repartida —añadió la hospitalera, con su acento andaluz que no necesitaba decir que era del sur—. La mayor parte de la gente emigra cuando no le queda otra, nadie quiere dejar sus orígenes.

El joven sacaba argumentos para justificarse, por algo era profesor, pero no le escuchaba ni su pareja, y allí no había ganas de discutir. Últimamente tampoco a mí me gustaba tratar de convencer a alguien, es una pérdida de tiempo, cada uno se atrinchera con su idea, y además no creo que nadie tenga el derecho de decirte que pensar, es un vicio muy de los intelectuales que me aburre.

Seguía la animada conversación en la que todos nos adaptábamos facilitando la comunicación, se mezclaba el español y el francés, y un montón de gestos que todos entendemos. Éramos pocos pero subían los decibelios, algo tendría que ver el vino, y en esas se oyó llamar a la puerta con unos golpes secos.

Una mujer jadeante llegaba casi al final de la cena, alta y fuerte, de unos cuarenta años, con una mochila pequeña y una sonrisa de oreja a oreja. Hace falta valor para caminar a una hora avanzada en medio de una noche oscura, y con la temperatura bajando.

—Hola, hola a todos, me llamo María, gracias que he llegado —dijo chapurreando el español y con un inconfundible acento por-

tugués—, no he calculado bien, pero el “Santi” siempre te protege cuando se le necesita.

Y seguía regalando sonrisas. El “Santi” debía ser Santiago, el santo del camino; no está mal esa confianza, pero tampoco está de más tomar precauciones y no forzar a tu suerte. Los hospitaleros la atendieron al momento con su cariño habitual. Venía hambrienta y ya tendría luego tiempo de ducharse. Vaya si tenía apetito, repitió de todo ante la cara de felicidad de la hospitalera que decía que la comida se tenía que acabar.

—Alguien quiere cantar —dijo el hospitalero alemán, que además del idioma había cogido rápido las costumbres españolas.

—Si queréis os puedo cantar un fado portugués —dijo María al momento.

Ante nuestra total aprobación, saco un chal lleno de formas coloristas sobre fondo negro, se lo echó por encima y nos cantó un fado precioso, dulce y triste a la vez, que nos dejó con la boca abierta; nos había llegado al corazón y además nos contagiaba su alegría y sus sonrisas.

—Ahora os canto yo una canción en francés, que conocen muchos peregrinos y seguro que también conocéis —dijo el francés, Jean-Paul, haciéndose entender.

Y se lanzó a cantar, y enseguida le acompañaron los hospitaleros y la asturiana, con buena armonía y entonación:

Tous les matins nous prenons le chemin  
tous les matins nous allons plus loin.  
Jour après jour la route nous appelle  
c'est la voix de Compostelle  
Ultreia, ultreia et suseia  
Deus adjuva nos!

Todas las mañanas tomamos el camino,  
todas las mañanas llegamos más lejos.  
Día tras día la ruta nos llama,  
es la voz de Compostela.  
Ultreia, ultreia et suseia  
Deus adjuva nos!

La canción continua pero ya no acierto a traducir su significado, aunque la entiendo igual, es el espíritu del camino, que lo capta cualquier corazón abierto. El estribillo “Ultreia, et suseia. Deus adjuva nos”, viene del latín, según comentó Jean Paul, era un saludo entre peregrinos: “Ultreia”, “vamos más allá”, a lo que el otro contestaba “Et suseia”, “vamos más arriba”. Es una expresión de ánimo mutuo, y se completa con “Deus adjuva nos”, “que Dios nos ayude”.

Escuchar esa bonita canción realmente me llenaba de esperanza por la humanidad. Que fácil resultaba para unos desconocidos llegar a compartir un rato de tanta belleza; igual iba a ser cierto que la magia del camino te espera en cualquier recodo. Y que contraste con la soledad de ayer, no debería olvidar que cada día te trae algo diferente. En un minuto recogimos la mesa entre todos y para fregar los platos sobraban manos. Ya no me quedaba tiempo para coger mi Tablet y seguir con mi trabajo sobre la Tercera España, pero daba igual, hay que coger las cosas como llegan. Estaba cansada de un día intenso, me fui a mi litera, teníamos camas de la parte baja para todos, no me siento segura en la parte alta de la litera, y me metí en el saco sin perder la sonrisa, por algo le llamaban la casa de las sonrisas; le estaba cogiendo la onda al camino.

A la mañana siguiente, me desperté antes de salir el sol; es lo que ocurre cuando te acuestas antes de las diez y ya no sabes dormir todas las horas que quieras. No recuerdo ni haber soñado, pero empezaba el día con muy buena energía. Nuestros amables hospitaleros nos prepararon un succulento desayuno, con fruta, galletas, tostadas con mantequilla y mermelada, té, y un delicioso café, y luego nos iban despidiendo como quien despide a sus hijos, con un agradecimiento sincero.

El amanecer llenaba otra vez de colores el cielo, parecía la continuación de la puesta de sol de ayer. A pesar del frescor mañanero ya se adivinaba que seguiría haciendo buen tiempo, es la mejor forma de ponerse a caminar con vitalidad, ni siquiera pesaba la mochila, aunque ayuda mucho que lleve el peso justo.

Desde Arrés se baja hacia el amplio valle del río Aragón, sin casi desniveles, por pistas de tierra, cómodas, pero poco señaladas, aunque no es fácil perderse, solo hay que seguir el valle. Voy rodea-

da de secanos, cebadas y trigales en grandes parcelas, que en esta primavera están de un verde intenso. Dejo a un lado el pueblo de Martés, en un alto a la izquierda, curiosamente hoy es martés, seguramente no significa nada, pero quien puede descifrar las pequeñas casualidades, a mí me hacen pensar, tal vez oculten un mensaje mágico. Andar en casi soledad entre tanta belleza, con todo un día por delante, y otro y otro más, solo siguiendo un sendero legendario, sin prisas ni grandes objetivos, con una sensación de tiempo infinito, ya de por sí debe tener su mensaje mágico.

Más adelante pequeños desfiladeros de piedras pulidas por el agua y la lentitud del tiempo conforman una senda de aspecto lunar, un camino con tonos grises y azulados, tierra erosionada, desgastada por las lluvias y barranqueras con surcos en pendientes. En los días lluviosos se debe hacer un buen barrizal. Dejando a un lado el pueblo de Artieda, en un cerro elevado, que aún conserva la estructura de un enclave medieval, me interno al cabo de un rato en un sendero por el bosque, entre pinos y robles. Después de un largo trecho entre árboles, aparece Ruesta, una villa atrapada en el pasado, un pueblo fantasma con restos, mas ruinas que otra cosa, de una antigua fortaleza, con dos grandes torreones de base cuadrangular y parte de una muralla invadida de yedras y verdes, y lo que queda de lo que fue una alta iglesia, ahora con el techo hundido; imposible entrar porque lo impide la vegetación asilvada que se ha hecho feligresa al estilo ocupa. Quedan casas abandonadas entre montones de piedras, y alguna fachada ruinosa de lo que en tiempos pudo ser una casa señorial, lo que demuestra que la riqueza acaba siendo tan efímera como la pobreza. En una guía francesa dice que es un pueblo miserable, pienso que debe ser un problema de traducción, alguien ha debido de confundir palabras; las ruinas antiguas son de todo menos miserables, este es uno de los lugares especiales del camino. En 1959 fue despoblado para construir el pantano de Yesa. Hoy se ve un pueblo en parte rehabilitado, por el sindicato de la CNT, en miserable pago al embargo de sus bienes en la guerra civil.

Ya se nota al entrar el aire anarquista, con un mural lleno de significados revolucionarios y una pintada discreta con la firma de la A envuelta en un círculo: *“No odies el lunes, odia a tu jefe”*. Yo la actualizaría añadiendo algo así como: *“Defiende tus derechos y*

*la justicia social, pero no odies a nadie*". No creo que haya que ir contra las personas, solo contra las ideas obsoletas y sus imprecisiones. Tengo simpatía de siempre por los anarcos, y sigo acudiendo a los ateneos libertarios de Barcelona y a muchos de sus actos, pero ya tengo muy superadas las tendencias antisistema, más propias del ímpetu y la radicalidad de la juventud. Construir es mucho más difícil que destruir.

La parte rehabilitada del pueblo está muy cuidada. Un esbelto edificio de piedra para encuentros culturales y de actividades de la CNT, un albergue con estupendas dependencias y la zona de bar restaurante. No había cena comunitaria, pero si la cena de toda la vida, la que se paga, aunque tenía precio muy asequible, y un magnífico cocinero, joven y bullicioso, al que llamaban el pirata, y le caía bien el nombre; si lo vieras por la calle no habrías imaginado su arte en la cocina. El ambiente era de lo más variopinto, quedábamos los mismos de ayer en Arrés, menos la asturiana que se habría quedado antes. Había un grupo de cuatro bicigrinos, peregrinos que van en bici y que te llegan por detrás a toda velocidad avisando en el último momento dándote un sustazo. Ya sé que no soy objetiva, pero cunden mucho las gentes sin respeto, además no se molestan en saludar. Hay quien hace el camino como deporte, y me parece bien, pero se pierden muchas cosas. También había unas cuantas jóvenes anarcas, cinco o seis mujeres envueltas en una apasionada discusión de principios; me gustaba observarlas, y me recordaban viejos tiempos, hace falta una juventud inquieta para enderezar este mundo.

María la portuguesa, le propuso al pirata que cantaría un fado si le daba otro trozo adicional de pan. Cantó con esa mezcla de dulzura y sentimiento de los fados, y se llevó un montón de aplausos, hasta de los bicigrinos. Se ganó un trozo de pan y una botella de vino, pero hoy no era ayer, no teníamos tantas ganas de beber, ni de seguir cantando, casi treinta kilómetros te tienden a dirigir a otro espacio, a buscar la posición horizontal.

Todos los caminantes nos íbamos a recoger, y yo aproveché una mesa del vestíbulo de las habitaciones para encontrarme con mi Tablet y seguir con mi particular investigación en el marco de la guerra civil. A lo largo del día también me venían algunas ideas y por la noche es un buen momento para ver que se ha decantado. Al

verme con la Tablet, la joven catalana sintió curiosidad, se acercó y me pregunto.

—No te habrás traído trabajo al camino.

—Yo no lo llamaría trabajo —comenté—, aunque tiene que ver con mi labor como profesora de historia. Aprovecho un rato algunas noches para mantener viva una investigación sobre un aspecto de la guerra civil que algunos han llamado la Tercera España. Voy recogiendo ideas, informaciones, datos,...y la Tablet es mi compañera, mi aliada que me ayuda a indagar y a pasar a palabras las cosas que pasan por mi cabeza.

—A mí también me interesa todo lo que tiene que ver con la guerra civil. Vengo de una familia republicana represaliada, sobre todo en la posguerra y en casa me han contado la verdadera historia que tanto nos han ocultado. A mi bisabuelo lo mataron en la Bolsa de Bielsa, en la que un puñado de valientes contuvieron tres meses al ejército de Franco muy superior en número y armamento y apoyado por la aviación alemana. Siempre que vamos por el Pirineo de Huesca pasamos una noche en ese pueblo y vamos a ver una placa conmemorativa, y a fantasear por los lugares donde tal vez estuvo mi antepasado. A veces también hacemos una excursión por el puerto viejo de Bielsa, por donde pasaban a Francia los refugiados, y al final, lo que quedo de los resistentes republicanos. Supongo que conoces el tema.

—Vaya, ya lo creo, fue una gesta de la guerra que a pesar de su significación no es muy conocida. Esa misma ruta la hice el pasado verano, asistiendo también a una jornada de fin de semana que todos los años se celebra en Bielsa en homenaje a la 43 división, que mantuvo ese frente, y más adelante sería muy diezmada en la batalla del Ebro.

—Sí, yo también estuve hace tres años. No conocí a mi bisabuelo pero pienso a menudo en él, y en todo por lo tuvieron que pasar, ojalá nunca se repita.

Nos despedimos con un hasta mañana. Me encanta ver a gente joven con criterio sobre la guerra civil. Estamos tan acostumbrados a imágenes de jóvenes descerebrados por todas partes, que es un alivio encontrar a quienes utilizan la mente y piensan. Se supone que las nuevas generaciones tienen que arreglar la herencia de desaguisados que les estamos dejando, esperemos que estén a la

altura, o al menos no lo estropeen aún más.

Cuando me meto en un tema me olvido totalmente de todo lo que me rodea. Hoy había elegido para explorar, el seguimiento de un personaje que podría encajar de lleno en la Tercera España, como ya apuntan algunos autores: **Manuel Chaves Nogales**, sevillano, nacido a finales del siglo XIX, fue un periodista de prestigio con una larga trayectoria, que publicó numerosos artículos, y también destacó como escritor de libros de carácter biográfico y de crónicas y reportajes de viajes que lo llevaron por toda Europa hasta Rusia. Con una mente despierta tomaba buena nota de como se vivía en cada país y de las muchas formas de pensar y de actuar de cada cultura. Lo que sin duda le dio una amplitud de visión inusual para la época y la capacidad para realizar reportajes audaces. En 1931 se convirtió en director del diario “*Ahora*”, un importante periódico de entonces cercano a la ideología de Manuel Azaña, del que Chaves era partidario. Llegó a organizar una nueva red de reporteros a escala mundial en la que él mismo se encargó de cubrir acontecimientos de primera línea de actualidad. Entrevistó a Joseph Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler, y le causó un fuerte impacto de alarma. Publicó un reportaje en el diario “*Ahora*” titulado “*¿Habrá fascismo en España?*”, en el que calificaba de ridículo e impresentable a Goebbels, y advirtió de los “campos de trabajo” del nuevo fascismo alemán.

Manuel Chaves cubrió la revuelta asturiana de 1934, también como corresponsal del diario madrileño “*Ahora*”, escribió: “*Ni siquiera durante la gesta bárbara de los carlistas hubo tanta crueldad, tanto encono y una tan pavorosa falta de sentido humano*”. La llamada revolución asturiana se produjo tras la convocatoria en octubre de 1934 de una huelga general revolucionaria en España, durante el segundo bienio de la República, organizada por el Partido Socialista y la UGT, con Largo Caballero e Indalecio Prieto como principales responsables. Dentro del PSOE, únicamente Julián Besteiro se opuso a la huelga general revolucionaria, y comparó a Largo Caballero y a sus seguidores con los fascistas. En la revuelta participó el entonces reducido Partido Comunista y los anarquistas de la CNT y la FAI. Prácticamente fracasó en todas partes menos en Asturias, y la represión fue desproporcionada. No se trató solo de un hecho histórico más dentro de aquellos años convulsos, lo suce-

dido delataba la frágil capacidad democrática de quienes agredieron a la República tratando de hacer una revolución, curiosamente las mismas fuerzas políticas que habían contribuido a echar sus bases fundando la II República y dotándola de una Constitución, que pretendía representar una garantía de convivencia democrática. Seguramente fue el origen de una animadversión creciente en los militares y algunos sectores de la derecha hacia las ideas democráticas, por considerarlas caldo de cultivo de futuros intentos revolucionarios. A fin de cuentas, una revolución puede ser muchas cosas, pero no tiene nada de democrática.

Al estallar la guerra civil, Chaves se puso al servicio de la República, a la que apoyó con firmeza y dedicación, como se plasmó en sus numerosas editoriales, y aguantó hasta que el Gobierno abandonó Madrid. Entonces se marchó a París, en un exilio voluntario pero un tanto forzoso, motivado por su forma clara y libre de escribir y por miedo a ser fusilado por las milicias revolucionarias o por las tropas franquistas. No fue el único que compartió ese temor de acabar siendo fusilado por uno u otro bando y que salió de España con la misma premura, una macabra inquietud que compartieron muchas de las personas que se podrían considerar como miembros de esa Tercera España. En Francia, Chaves colaboró en diarios hispanoamericanos y escribió su particular testimonio de la guerra civil, con el título de *“A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España”*, publicado por primera vez en Chile en 1937. El libro es un conjunto de relatos de hechos reales, fielmente detallados, de sucesos terribles de la guerra y atrocidades cometidas por parte de ambos bandos. El prólogo de *A sangre y fuego*, se considera por muchos autores que debería ser de lectura obligatoria en las escuelas, lo que sin duda ayudaría mucho a cimentar desde la niñez el final del síndrome de las dos Españas que no nos acabamos de sacudir. Chaves Nogales, se definía como antifascista y antirrevolucionario y se negaba a ser cómplice de cualquier género de violencia y no establecía diferencias entre reaccionarios y revolucionarios. Decía el autor en ese mismo prólogo: *“Mi única y humilde verdad era un odio insuperable a la estupidez y a la crueldad; es decir, una aversión natural al único pecado que para mí existe, el pecado contra la inteligencia, el pecado contra el Espíritu Santo.* Afirmaba que la crueldad y la estupidez se enseñoreaba entonces

de toda España, que atribuyó a la peste del comunismo y del fascismo a partes iguales. Para él, la apuesta de la España de entonces por los totalitarismos se debía al miedo de los sectarios al hombre libre e independiente. La causa de la libertad entonces en España no tenía verdaderos defensores.

Voy recogiendo en mis notas de la Tablet las muchas reflexiones que se intercalan entre los relatos de ese libro genial. Para comprender el comportamiento de los seres humanos a lo largo de la historia, e incluso en el momento presente, no solo se necesita conocer la información detallada de las circunstancias por las que atravesaron y todo tipo de condicionamientos y expectativas, es necesario también saber qué es lo que pasaba por sus mentes y qué emociones se les venían encima. Las sencillas conclusiones del texto van revelando el espíritu de quien escribe. Decía Chaves: *Es el miedo el que da la medida de la crueldad*. Estoy muy segura de que la emoción del temor genera una parte importante de los males de este mundo. Cuando se resiste al empujón del miedo, la dignidad humana se mantiene intacta, y con dignidad no se daña arbitrariamente a nadie. Si se sucumbe, salen a la superficie las peores cualidades humanas, si es que se les puede llamar cualidades, y siempre alguien sale dañado.

En otro relato me centro en un comentario sobre el general Mola, uno de los más indeseables personajes de nuestra historia reciente, partidario de aterrorizar a los adversarios, algo que entendieron bien los falangistas, y cuya muerte en un accidente de aviación al comienzo de la guerra no debió hacer caer una sola lágrima a nadie. El comentario decía: *El general Mola había dicho por radio que sobre Madrid avanzaban cuatro columnas de fuerzas nacionalistas, pero que además contaba con una “quinta columna” en Madrid mismo que sería la que más eficazmente contribuiría a la conquista de la capital. Pocas veces una simple frase ha costado más vidas. Cada vez que a los milicianos se les presentaba un caso de duda, cuando no había pruebas concretas contra un sospechoso, cuando el inculpado creía haber desbaratado todos los cargos que se le hacían, el recuerdo de la amenaza de Mola fallaba en su daño y “por si era de la quinta columna” se votaba invariablemente por la prisión o el fusilamiento. Ha sido la frase más cara que se ha dicho en España*. Me da por pensar en la responsabilidad

por cada uno de nuestros actos, por activa o por pasiva, no solo en situaciones extremas como en una guerra, también en la vida diaria en la que a veces ofendemos sin querer. Siempre me propongo que voy a tratar de ser totalmente inofensiva, pero la vida hay que vivirla en directo y al instante, y no te acuerdas de los mensajes que te das. Espero que de las sanas intenciones algo quede.

Me puse a leer un pasaje del pensamiento de un miliciano en una de las descripciones noveladas que aporta más datos sobre la creación de crueldades: *De la guerra y de la revolución-pensaba-lo peor es el sueño que se tiene siempre. ¡Si se pudiera dormiri, la guerra y la revolución serían menos duras y menos crueles si los hombres que las hacen hubieran dormido bien, a gusto, en una cama blanda y grande en la que fuese posible estirar las piernas entre unas sábanas frescas. Cuando se tienen los ojos como si fueran de cristal y los párpados pesan como el plomo, cuando se siente en la espalda curvada por la fatiga una punzada sutil, no cabe andarse con contemplaciones. Había que ganar la guerra, aunque no fuese más que para poder dormir. Luego haríamos todo lo demás. Pero haya que hacerlo todo ahora, sin quitarse nunca el correa, sin dormir, sin pararse a pensar lo que se hace. ¡Tantas cosas hay que hacer!*

Sigo con unos últimos datos biográficos sobre la vida de Chaves Nogales, al que me hubiera encantado conocer, ya me está entrando sueño y los ojos se me van a cerrar pronto. En su exilio en París siguió publicando y trabajando en apoyo de la República desde la visión de un auténtico demócrata. Creó una publicación artesanal, *Sprint*, que explicaba lo que ocurría en España para los exiliados españoles usando las noticias que traían los propios exiliados que llegaban a Francia. Trabajó también contra el fascismo que intentaba aplastar Europa, publicando artículos en periódicos franceses y de países de Suramérica. Cuando las tropas alemanas llegaban a París en 1940 tuvo que escapar a Londres, mientras su mujer y sus hijos regresaban a España. En Londres siguió con su actividad periodística con diversas colaboraciones y manteniendo la lucha contra los extremismos de izquierdas y de derechas. Murió en mayo de 1944 de peritonitis con solo 46 años de edad. Me llama la atención que se recoja en las informaciones sobre su muerte que está enterrado en el cementerio North Sheen Cemetery de Richmond, en

Londres, en una tumba sin lápida. No es importante que su tumba tenga una digna inscripción, pero sí lo es que se reconozca su obra y sus escritos, que hoy siguen siendo de plena actualidad, quizá más que nunca, porque ahora se pueden comprender mejor y hay más medios para ponerlos en práctica. Cada día queda menos tiempo para que la humanidad deje de odiarse y abandone la peligrosa tendencia de pretender solventar sus diferencias con el uso de las armas, que son cada vez más poderosas. Si seguimos jugando con fuego nos acabaremos quemando, y según el tipo de fuego, convertidos en polvo instantáneo.

Se empieza a conocer ahora la obra de Manuel Chaves Nogales después de tantos años porque no solo fue silenciado por el franquismo, también la izquierda acalló su mensaje por su incapacidad de aceptar verdades como puños de un verdadero republicano, como lo recogido en "*A sangre y fuego*". Desde los aparatos de los partidos de izquierda siempre se ha presumido de democracia. En la guerra civil brillaba por su ausencia, pero aún hoy día les cuesta horrores aceptar cualquier crítica, una lección pendiente cuyo aprendizaje muchas personas aún estamos esperando.

La violencia de la guerra civil no fue la misma en ambos bandos como siempre se nos ha querido hacer creer. Del lado nacional se lanzó desde el comienzo una represión feroz, implacable, institucional y organizada con órdenes de arriba a abajo, y se mantuvo durante toda la contienda. Incluso en la posguerra se reactivó con saña contra los vencidos, disfrazada de juicios justos, y santificada por la iglesia. Del otro lado fue fruto del desgobierno en el que quedó la República, al quedar sin ejército y casi sin policía, del descontrol de distintos grupos revolucionarios a los que les explotó la rabia acumulada durante años contra la iglesia, contra patronos y caciques que los tenían en la miseria, contra la opresión y la injusticia social. Se pueden argumentar que las víctimas son las mismas, y es cierto, pero las causas no fueron las mismas. Desde el lado nacional no se hizo el menor esfuerzo para detener esta corriente salvaje, nadie se atrevió a cuestionarla, incluso Franco ralentizó sus conquistas para asegurarse que no dejaba con vida a ningún adversario, por insignificante que fuera, no se perdonaba a nadie, fuera quien fuera. En el lado republicano intentaron poner orden desde el principio, con escaso éxito, pero aunque el daño infringido

tenga similitudes para ambos bandos, no se pueden sacar conclusiones solo por los resultados, son importantes los efectos, pero lo son más las causas.

Me quedo con la rebelión de Chaves Nogales contra la crueldad gratuita. Dentro del marco de la lucha de una guerra con ideas enfrentadas se puede llegar a entender que se recurra a una de las cosas más terribles que se puede hacer en la vida como es dar muerte a otro ser humano, pero la crueldad nunca debería tener cabida, sitúa a quien cae en sus delirios por debajo de la condición animal, y cualquier causa defendida con crueldad será siempre, aunque triunfe, una causa perdida.

Me apetece irme a dormir en mi querido saco con un pensamiento más esperanzado, no vaya a ser que me pase la noche soñando con asesinatos. A la vez que cierro los ojos y me voy desconectando, lanzo al mundo, desde mi humilde y pequeño corazón, una fuerte llamada al perdón, que ojalá la escuche quien necesite liberarse del rencor y la amargura.